

La Revista Blanca

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año II Núm. 10. - Segunda época

SARDAÑOLA - BARCELONA

1.º de Marzo de 1924

LA ÉTICA

ORIGEN Y DESARROLLO DE LA MORAL

CAPITULO III

La teoría de Darwin sobre el origen del sentimiento moral en el hombre. — Gémenes del sentimiento moral en los animales.—Origen del sentimiento del deber en el hombre.—La ayuda mutua como fuente de concepción del sentimiento ético del hombre.—Sociabilidad en el mundo animal.—Relaciones de los salvajes con los animales.—El origen de la noción de justicia de las tribus primitivas.

Los animales son, generalmente, para el hombre primitivo, seres misteriosos, enigmáticos, dotados de una gran penetración de la vida de la naturaleza. Saben mucho más de lo que nos dicen. De uno o de otro modo, gracias a sus sentidos, mucho más refinados que los nuestros, y gracias a que constantemente se transmiten recíprocamente todo lo que observan en sus continuas correrías, están enterados de lo que pasa a muchas leguas a la redonda. Y si algún hombre no admite en sus relaciones con ellos astucia y mala fe, le advierten el peligro, así como se advierten recíprocamente. Pero no le prestan ninguna atención si no es «leal» en su conducta. Las serpientes y las aves (al buho lo consideran como el jefe de las serpientes), las fieras y los insectos, lagartos y peces, todos se comprenden entre sí y continuamente se refieren sus observaciones. Pertenecen todos a una fraternidad común, en la que a veces admiten al hombre.

Dentro de esta fraternidad hay, ciertamente, fraternidades más íntimas de seres de la «misma sangre». Los monos, osos, lobos, elefantes y rinocerontes, la mayor parte de los rumiantes, las liebres y la mayor parte de los roedores, cocodrilos, etc., conocen perfectamente sus familias y no permiten que alguno de sus congéneres sea muerto por el hombre, sin vengarse «honrosamente» de él. Esta idea tenía que haberse formado en una época muy remota—cuando el hombre no se había convertido todavía en omnívoro y no perseguía las aves y los mamíferos para alimentarse de ellos. En omnívoro se habrá convertido, según toda probabilidad, durante el período glacial, cuando la vegetación pereció bajo el soplo mortífero del

frío. Pero esta idea conservóse hasta el tiempo actual. Ahora todavía está obligado el salvaje, cuando caza, a observar ciertas reglas para con los animales, y al terminar la caza está obligado a realizar ciertas ceremonias expiatorias. Algunas de estas ceremonias se cumplen rigurosamente, aun ahora, especialmente en relación con los animales considerados como el aliado del hombre—por ejemplo, el oso, entre la tribu de los Arochon del Amur.

Es sabido que dos hombres, pertenecientes a dos familias distintas, pueden hermanarse, mezclando la sangre de ambos, la que extraen de una herida leve, hecha intencionalmente. Entrar en hermandad era el acto más común en los tiempos antiguos, y por las tradiciones y leyendas de todos los pueblos, y especialmente por las escandinavas, nos enteramos, lo sagradas que se consideraban estas alianzas. Pues alianzas semejantes eran absolutamente comunes entre el hombre y los distintos animales. Las leyendas nos hablan continuamente de ellas: el animal, por ejemplo, viendo que el cazador lo va a matar, le ruega que no lo mate: el cazador accede y ambos se hacen hermanos. Y entonces el mono, el oso, el corzo o el ave, cocodrilo, o hasta la abeja (cualquier animal que vive en sociedad) cuida del hombre hermano en los momentos críticos de su vida, acudiendo él mismo o enviando a uno de sus hermanos de su especie o de otra, en su ayuda. Y si la advertencia llegó demasiado tarde, o fué mal comprendida y el hombre sucumbió, tratan todas estas fieras o fiercillas de rescatarlo; y si no lo logran, toman, por lo menos, sobre sí la tarea de venganza familiar, como si perteneciera a su propia especie.

Durante mis viajes por Siberia he observado frecuentemente cómo el tunguz o el mongol evitan matar inútilmente un animal. Es que el salvaje respeta la vida. Así era, por lo menos, antes de que entrara en contacto con los europeos. Si mata un animal, lo hace para alimentarse o para cubrirse, pero no destruye la vida de puro gusto o por la pasión de destruir. Verdad que los pieles rojas desmintieron esta afirmación en su destrucción despiadada de los búfalos, pero lo hicieron después de estar mucho tiempo en contacto con los blancos y de haber obtenido de ellos el fusil y el revólver. Ciertamente, hay algunos animales que son considerados enemigos del hombre—por ejemplo, las hienas o los tigres—pero en general alimentan los salvajes hacia el mundo animal, y enseñan a sus hijos a sentirle un profundo respeto.

La idea de la «justicia», interpretada al principio como castigo, está ligada, de esta manera, con la observación de los animales. Pero es muy posible, que la misma idea de recompensa y castigo por un proceder «justo» o «injusto» naciera, en el hombre primitivo, de la idea que los animales castigan al hombre si éste no observa la debida actitud hacia ellos. Este pensamiento está tan profundamente arraigado en los cerebros de los salvajes sobre todo el globo terrestre, que se hace necesario examinarla como una de las nociones fundamentales de la humanidad. Poco a poco esta noción creció hasta formar el concepto de un gran conjunto, ligado por lazos determinados de apoyo mutuo: este gran conjunto vigila todos los actos de todos los seres vivos y como consecuencia de esta reciprocidad en todo el mundo, se encarga de castigar los malos actos.

De esta noción nació la idea de las Euménides y de Moir entre los griegos, de las Parcas entre los romanos y de Carma entre los hidúes. La leyenda griega de las grullas, que une en uno solo el mundo de los hombres y de las aves, y las innumerables leyendas orientales forman la encarnación poética de la misma idea. Más tarde, extendióse esto también a los fenómenos celestes. Las nubes, según los Vedas (los libros religiosos antiquísimos de la India), considerábanse seres vivos, semejantes a los animales.

Esto era lo que veía en la naturaleza el hombre primitivo; he ahí lo que aprendía de ella. Nosotros, con nuestra educación escolástica—que por nada quería conocer a la naturaleza e intentaba explicar los más cotidianos actos de la vida, ya por la superstición, ya con sutiles metafísicas,—nos olvidamos esta gran lección. Pero para nuestros antepasados de la edad de piedra debió, la sociabilidad y la ayuda mutua dentro de la especie, considerarse un

que ni siquiera podían concebir la vida bajo otro aspecto.

El concepto del hombre, como ser aislado, es producto posterior de la civilización, fruto de las leyendas formadas en el Oriente por hombres alejados de la sociedad; pero para desarrollar este concepto abstracto en la humanidad necesitaronse largos siglos. Pues para el hombre primitivo era la vida del ser aislado un fenómeno tan extraño, tan fuera de lo común en la naturaleza, tan repugnante a la naturaleza de los seres vivos, que cuando veía a un tigre, a un tejón, o a una musaraña, llevando una vida solitaria, hasta cuando veía un árbol crecido aisladamente lejos del bosque, componía una leyenda, una tradición, para explicar un fenómeno tan extraño. No creaba leyendas para explicar la vida en sociedad, sino, indispensablemente, para explicar todo caso de vida aislada. En la mayoría de los casos, si el eremita no es un sabio que se alejó por un tiempo del mundo para pensar sobre su destino, o un hechicero—es un «expulsado» por los animales de su seno por alguna grave violación de los hábitos de convivencia. Ha hecho algo tan contrario al régimen común de vida, que lo echaron del seno de su sociedad. Muy a menudo es un hechicero que domina los malos espíritus y tiene alguna relación con los cadáveres, que siembran el contagio. Es por eso que vaga por las noches, persiguiendo sus fines perdidos bajo la protección de la noche.

Todos los demás seres vivos viven en sociedad, y el pensamiento del hombre trabaja en la misma dirección. La vida social, *nosotros* y no *yo*—he ahí el régimen natural de vida. *Es la vida misma*. Por eso, «nosotros» debía de ser la forma común del pensamiento del hombre primitivo, la «categoría» de su cerebro, como lo diría Kant.

En esta identificación—hasta se puede decir, en esta disolución del «yo» en su familia y tribu, está el germen de todo razonamiento ético, de toda concepción de la moral. La autoafirmación de la «personalidad» llegó mucho más tarde. Aun ahora, en la psíquica de los salvajes primitivos, la «personalidad», el «individuo» casi no existe. En sus cerebros ocupa sitio preeminente la tribu, con sus hábitos, prejuicios, creencias, premisas, costumbres e intereses firmemente establecidos.

En esta constante identificación de la unidad con el entero está el origen de toda ética; de ella desarrolláronse las nociones consecutivas sobre la justicia y aun las más elevadas nociones de la moral.

Estos pasos progresivos los examinaré en los capítulos siguientes.

PEDRO KROPOTKINE

Consecuencias internacionales de la economía alemana

DESDE BERLÍN

Escribir, desde Berlín, para una Revista que se publica en Barcelona cada quince días, es algo difícil cuando se trata de informar al lector de política y de economía internacionales en una época en que todos los días pasa algo y no de escasa importancia.

Sin embargo, no estoy descontento de mi trabajo ni creo que lo esté la Dirección de LA REVISTA BLANCA, si se tiene en cuenta que, apesar de las distancias que median de Berlín a Roma y de Berlín a Barcelona, puede comunicarse a mis lectores de esa Revista el acuerdo italo-ruso antes de que lo hicieran las agencias de información y los mismos periodistas, entre los que tanto abundan los entrometidos y bien enterados.

Las noticias que también adelanté sobre el peligro que corría, en Alemania, la jornada de ocho horas, se han confirmado asimismo.

El Estado alemán, al amparo de la dictadura y burlándose, ahora como siempre, de acuerdos y pactos internacionales, ha impuesto a sus obreros la jornada superior a ocho horas; la ha impuesto con más o menos diplomacia o metafísica. Mejor metafísica que diplomacia, porque aquí las reacciones se convierten en revoluciones en boca de nuestros metafísicos políticos.

Y los industriales, siguiendo el ejemplo del Estado y en este caso en combinación con él y en él excusándose, han hecho lo mismo. Se puede decir que, actualmente, ya no existe, para los obreros alemanes, la jornada de ocho horas, única mejora general obrera que había salido de los tratados de paz.

¿Cómo la burguesía y el Estado alemán han logrado abolir la antes dicha jornada? Con ayuda de los sindicatos más o menos reformistas y más o menos comunistas, que lo son todo y no son nada. En realidad, las huelgas sostenidas en defensa de la jornada de ocho horas, lo fueron únicamente, por los sindicatos separados de toda acción política. Los reformistas...

boración y los comunistas, que han olvidado por completo la idealidad pacifista e internacionalista de Rosa Luxemburgo y de Carlos Liebknecht, se han puesto al lado del poder y de los patronos, antes que por otra cosa, por entender que es aliada la jornada de ocho horas y por las perturbaciones internacionales que ello habrá de producir.

Desde luego, los comunistas y los reformistas, al servicio de los políticos, todos imperialistas mejor o peor disfrazados y más o menos de circunstancias, esperan que detrás de su gobierno y de su burguesía contra la jornada de ocho horas, de *confección aliada*, irán la burguesía y los Estados europeos y que lo que la abolición de dicha jornada no ha producido en Alemania, agitaciones, revoluciones, cambio de gobiernos y de régimen, porque todos aquí, altos y bajos, no tienen otra aspiración que la revancha, ni más ideal que Alemania sobre todo, esperan que lo produzca en naciones que no tengan un ideal colectivo, compacto, único y de dominio universal.

La extensión de la jornada de trabajo, en nuestro país, producirá grandes alteraciones en la política y en la economía de los otros países, como han calculado nuestros revanchistas y nuestros imperialistas.

Por de pronto, aquí ya no hay huelgas ni revueltas de ninguna clase en defensa de la tantas veces aludida jornada.

Los socialistas alemanes, que son la menor cantidad de socialistas posible y que fueron amarillos ante la guerra, lo han sido, como sospechábamos, ante la jornada de ocho horas, y si fuera posible un acuerdo internacional para, en un mismo día, proclamar la revolución obrera en toda Europa, los socialistas alemanes no secundarían el movimiento, aunque hubiesen prometido secundarlo. Lo que harían sería procurar que los

ran, para, en cuanto se hubiese iniciado la revolución, ponerse al lado de su burguesía y de su Estado al objeto de facilitarles medios de dominar al mundo.

Ahora la burguesía europea, tanto porque no podrá competir con la alemana, cuanto porque le es grata toda medida contra las jornadas cortas y los jornales altos, intentará, poniendo por ejemplo lo ocurrido en Alemania, hacer lo mismo que aquí, y como los obreros no alemanes defenderán con más tesón que los teutones la jornada de ocho horas, ello podrá producir huelgas y revueltas que debiliten a los Estados enemigos, política y económicamente, mientras Alemania producirá en paz y sin tregua.

Primera parte de la maniobra del Estado y de la burguesía de nuestro país contra la jornada de ocho horas.

La segunda tiene carácter aún más diabólico. El capitalismo alemán es actualmente uno de los capitalismo más ricos del mundo. La guerra no devastó ninguna de nuestras regiones ni le quitó uno de sus marcos, porque, no pudiendo comprar en parte alguna, su oro no pudo, como el francés y el inglés, traspasar el Océano.

Además, la baja del marco ha enriquecido enormemente al capitalismo alemán. (Entre paréntesis diré que uno de los motivos que echaron del Poder al canciller Wirth fué el propósito de imponer una contribución contra las riquezas adquiridas a base de la baja del marco. ¡ Si serán enormes !)

De la baja del marco han sido víctimas todos los germanófilos de todas las naciones, pero no los germanos.

Los alemanes han utilizado la baja del marco mientras les ha servido para enviar sus productos al extranjero. Cuando los marcos ya no sirvieron para ello, los industriales alemanes quisieron cobrar en libras, dólares o pesetas, y cuando hubieron llenado de papel marco todos los parajes de las cinco partes del mundo, lo han retirado de la circulación, creando una moneda que se cotiza a la par con el dólar y la libra, mientras los francos pierden una cuarta parte de su valor o poco más. Estafado se ha visto todo el mundo, pero principalmente los que

hubiesen visto con aplauso la victoria de Alemania.

Esto podrá ser de una habilidad industrial enorme, pero es de muy baja moral y demuestra lo que, en el terreno de la inmoralidad política y económica son capaces todos los políticos y todos los capitalistas de aquí. Digo todos porque los que no hubieran sido capaces de tanta villanía, fueron asesinados, sin que la nación haya castigado a los asesinos; lo que demuestra la complicidad nacional en aquellos crímenes y en la estafa política y económica que nuestro país ha cometido y continúa cometiendo en perjuicio del mundo entero.

Ahora, con nuestra nación, intacta y laboriosa; con nuestra mecánica, formidable; con nuestra técnica, quizá única en el mundo; con nuestra jornada y con nuestros obreros, muy cultos, pero poco avisados, los industriales alemanes podrán invadir de género los otros países, cuyos trabajadores, más dignos y más conscientes, tendrán que morir de hambre verdad, no de hambre alemana, porque los obreros de aquí producirán por todos.

Esta será la consecuencia industrial y económica de la astucia de nuestra burguesía y de nuestro Estado, a no ser que las demás naciones tomen, contra tan grave mal, remedios enérgicos, uno de los cuales sería que cada país se cerrara dentro de sus fronteras, o impusiera tan crecidos aranceles a la producción alemana, que la competencia fuese inútil.

Si tal ocurriese, Alemania sería víctima, como otras veces, de su propia astucia y de su propio poderío.

Porque, ¿qué haría Alemania de la excesiva docilidad de sus obreros, de su mecánica portentosa y de su tecnicismo que asombra, sin colonias y sin mercados?

La ruina verdadera, no la falsa de la baja del marco, ni la de la quiebra fraudulenta.

A este fin nos puede conducir a los alemanes nuestra sagacidad y nuestra doblez sin límite.

RUDOLF SHARFENSTEIN

Berlín febrero de 1924.

LA BARBARIE MODERNA

Aun no sabemos nosotros lo grande, lo abnegado, lo titánico de la obra emprendida. No comprendemos ni nosotros ni nadie lo inmensamente generoso, lo santamente buenas que son nuestras intenciones.

Porque precisa un sublime desinterés, una inalterable confianza, una voluntad de hierro, una fe ilimitada en el porvenir, en el hombre, en la Naturaleza, en la Vida y en la Evolución, para no sentir decaer el entusiasmo, derrumbarse las ilusiones, perder el optimismo, tambalearse la decisión, ante lo largo, lo espinoso y lo trágico del camino emprendido.

Sobre la bondad del hombre hemos construido un ideal bello, libre, justo e igualitario. Sobre la evolución hemos levantado el edificio de una nueva ciencia humana, de cara a la vida y a la felicidad. Si el hombre no fuese bueno, caería por tierra nuestro ideal; si la evolución no existiera, derrumbaríase la razón de nuestra lucha y de nuestro ser.

¿Y es posible substraerse al temor que produce pensar en la posibilidad de unos esfuerzos perdidos, de una sangre inútilmente derramada, de un martirio innecesariamente sufrido, cuando vemos lo bárbaro, lo miserable, lo ciego y lo egoísta que es aún el hombre?

¿Es posible no pensar en la probabilidad dolorosa de que la bondad, la innata bondad humana, sobre la que se basan todas nuestras convicciones, no es más que un sueño generoso, de almas grandes y llenas de amor y de armonía? Sólo el ejemplo vivido de la bondad que hay en estas mismas almas, humanas también, adelantadas prodigiosamente a la evolución general, puede borrar de nuestra mente la duda y hacer que renazca el optimismo.

Es aún hombre de las cavernas, fiera humana, bruto domesticado el hombre de hoy. Hemos evolucionado más material que moralmente. Somos menos esclavos, con todas las esclavitudes económicas y con todas las tiranías políticas, en el terreno práctico que en el espiritual.

Proclamamos ideales de derecho; vivimos civilizaciones libertadoras y realizadoras de todas las maravillas; hemos convertido en realidad sueños fantásticos; podemos mirar cara a cara a los dioses presentes y echamos ya de su trono a los pasados. Y sin embargo, en el fondo de cada una de las criaturas de hoy, como en el fondo de las criaturas de ayer, duerme la bestia, la animalidad inconsciente, la fuerza sombría de los sentidos, el poder feroz del instinto, que huele el olor de la sangre, que aúlla de alegría ante el espectáculo de algo que renueva su interioridad, impenetrable y dura y brutal, como en el principio del hombre.

¡Y pensamos, con divina locura, con excelsa ilusión, en el super-hombre! ¡Aun no sabemos nosotros lo grande, lo abnegado, lo titánico de la obra emprendida!

Veinte mil espectadores, veinte mil bestias humanas rugían el día 3 de febrero en Barcelona, contemplando el campeonato de boxeo de Europa, que se disputaban el catalán Ricardo Alis y el belga Piet Hobin.

Veinte mil hombres, o aproximaciones de hombres, miraban con feroz curiosidad, con sanguinaria impaciencia, con incalificable atención, la lucha de dos seres, que, a cambio de un puñado de billetes de Banco, se saltaban las muelas, se romplan las narices y se destrozaban el estómago.

¡Dieciocho años tiene, y es barbilampión, frágil y blanco Ricardo Alis! ¡Dieciocho años que ruedan apufeteados, sangran-te la boca, deshecho el rostro, bestial el gesto, por el suelo del «ring»! ¡Dieciocho años que habrían de ser generosos y ardientes, de juventud exaltada y llena de inquietudes y de ilusión! ¡Dieciocho años que ahora no tienen conciencia, ni pensamiento, ni alma, ni razón de ser!

¡Y el otro, ni resto de hombre ya, con la dentadura de oro resguardada por una funda que no guardó la natural, seguramente porque no costaba dinero, con la cara llena

de cicatrices, los labios partidos, el cuerpo de Hércules y el cerebro de gorrión! Y el público—¡veinte mil humanos seres!—que nosotros queremos elevar y redimir, en cuya bondad confiamos y cuya evolución nos muestran todos los adelantos y todos los inventos realizados, contemplando sin protesta, con placer, sin asco, sin indignación, la lucha absurda, sin el más leve motivo moral, sin la pasión de la cólera, sin la belleza del gesto, sin el triunfo de la armonía y del hombre que por lo menos en el toreo hay.

¡Nada! ¡Inconsciencia y animalidad total! Centuplicada en los espectadores que presencian—y pagan a precios exorbitantes el derecho de poderlo hacer—tan innoble, tan atrasado, tan antihumano e ilógico espectáculo.

Porque a lo menos en los dos que luchan puede haber el acicate de la necesidad, la monstruosa, pero justificativa explicación moral, de que es lo único que saben hacer. En cuantos los miran, sin separarlos, sin afearlos su degeneración, su pérdida absoluta de dignidad, el envenenamiento y el daño que a la especie causan, no hay nada que justifique, nada que disculpe, nada que reivindique, nada que humanice su bestialidad.

Si quisiéramos buscar el origen de este retroceso a la nada humana, de esta anulación de la dignidad, de este fracaso del sentido estético, moral y elevado que presidió al siglo XIX, como habla presidido al Renacimiento italiano y presidirá, triunfando al fin, al futuro Renacimiento humano, bastantes nos costaría encontrarlo.

Sólo especulando sobre el pasado, puede explicarse la regresión material del presente. Sólo buscando el razonamiento natural, la tenaz y gran tendencia equilibradora del Universo, que en la Naturaleza hay, podemos explicarnos, ahora como siempre, el fenómeno de esta deshumanización, de esta falta colectiva de vida moral y de esta sobra de aldrés físicos, de fuerza bruta, sin belleza humana ni ansias, físicas ni morales, de superación.

Puede ser la vida misma la que se ha cuidado de adormecer al espíritu, fortaleciendo a golpes, a patadas, a caídas, aplastándose y rodando por los suelos, el cuerpo humano, debilitado por el ensueño y la exal-

tación del romanticismo y del desprecio filosófico a la salud y a la fuerza física.

Pero de ser así, este efecto tan sólo se realizaría sobre los que reciben los golpes, las patadas y las caídas. Los que contemplan su ruda formación nada ganarían y nada fortalecerían con ello. Quizá, especulando siempre, precisa aún una mayor extensión de la barbarie, un más grande entronizamiento de la fuerza bruta, hasta llegar a ser todos fuertes y brutos, empezando entonces a educarnos y a construir de nuevo, dando la razón al dadaísmo.

¡Larguísimo y desconsolador rodeo, que tardaría mucho en llevarnos al fin y contra el cual se levantan todas las ideas modernas, proclamando, a la una, la posibilidad de fortalecernos y equilibrarnos sin necesidad de bárbaros retrocesos y primitivos procedimientos!

Y una vez más, ante mi pensamiento, surge el nombre del moderno escultor de humanidades, del que será, despojado de todos sus misticismos peligrosos y de su insignificancia social, el forjador del hombre nuevo, sin vicios y sin bestialidades, sin atrofia moral ni olvido físico, sin inconsciencias ni subconsciencias supersticiosas; equilibrio supremo y puente tendido entre el principio del hombre y la plenitud superior de él: el naturismo, el amor a la Vida y a la Naturaleza.

El será, y en él confiamos, el que adormezca a la fiera que en todos y cada uno hay, despertando a la individualidad, abstracto compuesto de espíritu y materia, las dos formas humanas que durante tantos siglos se han disputado la hegemonía del mundo, hallándose vencida y encadenada la una, cuando triunfante y libre estaba la otra.

El será, y en él confiamos, el que cure y termine esta barbarie moderna, esta locura atrofiadora y criminal, que tantas juventudes destruye, que tantas energías esteriliza y tantos cerebros amodorra, poniendo el respeto a la vida, el amor al hombre, la comprensión de la Naturaleza, sobre las desviaciones monstruosas de la actividad humana.

Y aunque el naturismo no sea la perfección, aunque en él haya también una falta importante de equilibrio, lo que ahora precisa con urgencia, es devolver a la vida humana todos los millones de seres que internacionalmente han descendido a la vida ani-

mal; es conceder al hombre su antigua categoría; es encauzar las energías hacia el progreso y la superación; es ahogar a la fiera, cultivar el espíritu, sanear el cuerpo, elevar la mente, proclamar la bondad, la necesaria, la imprescindible bondad del hombre y mostrar prácticamente la realidad de la evolución. Esto es lo que queremos cuantos

confiamos en el mañana, cuantos deseamos una sociedad libre, igualitaria y feliz; cuantos tenemos intenciones que aun ni nosotros ni nadie han comprendido lo inmensamente generosas, lo santamente buenas que son.

FEDERICA MONTSENY

Crónica científica

DESDE LONDRES

El problema de la televisión. — La tracción eléctrica sobre rails por acumuladores. — El teléfono automático Ericson.

Conseguido el prodigio de transmitir la palabra, la electricidad, debía obtener al fin la maravilla de mostrar la fisonomía del que nos habla a larga distancia.

Hasta aquí infinidad de inventores se dedicaron a esta labor, pero ninguno de ellos pudo hacernos ver, no una imagen, ni siquiera un simple punto luminoso. Sin embargo, llamaron en su ayuda el selenio que tantas esperanzas ha destruido y el cinematógrafo que ha llegado a conquistar el universo.

Debemos confesar, empero, la curiosa propiedad del selenio, su conductibilidad eléctrica, bajo la influencia de la luz, cuando es llevado a una temperatura de 230 grados; pero no puede ser utilizado para la producción de fenómenos eléctricos rápidos a causa de la pereza de este metaloide. Perezoso en afirmar su conductibilidad hasta que aparece un rayo de luz, posee la ventaja de volver rápidamente al estado de reposo cuando la luz desaparece.

En todas las aplicaciones de la electricidad, se esfuerzan en producir salidas bruscas y rupturas brutales, sobre todo cuando las emisiones deben estar muy próximas unas de otras. Si no es así las colas de corriente alcanzan las cabezas de emisión y por tanto no hay ruptura.

Con la cinematografía se acerca más la

resolución del problema de la televisión que podría muy bien llamarse la telecinematografía, o más sencillo, el *telecine*, porque, al efecto, el pedazo de vida tomado por fragmentos sensibles en un film se desarrolla con todos sus ritos sobre la pantalla. Esta reproducción está sacada en fragmentos, pero el ojo del espectador, cuya retina es también muy perezosa, restablece la continuidad aparente del movimiento, siempre que cada imagen se presente a continuación de la precedente por un tiempo que no pase de una décima de segundo.

En el *telecine*, el procedimiento puesto en práctica en la cinematografía ordinaria, no es posible. No puede pensarse en transmitir una imagen de un solo golpe de luz. Como en la fotografía, la imagen recogida sobre el cristal de una cámara obscura debe ser explotado por puntos en toda su extensión. Supongamos, por un instante, que esta imagen esté extraída de un film cinematográfico. El punto luminoso deberá explorar toda la superficie en menos de una décima de segundo, límite riguroso, puesto que la retina debe conservarla durante el tiempo necesario a la exploración de la imagen siguiente, a fin de que la visión de la segunda imagen pueda alcanzar la impresión luminosa producida por la primera.

Y veremos más lejanas aquellas cantida-

des cuando se calcula el tiempo máximo reservado a la transmisión de un punto.

Así considerado, el problema es soluble, pero no está resuelto. El creador de ese método de telecinematografía es Eduardo Belin inventor de la fototelegrafía, que entra actualmente en el dominio de la práctica.

El sistema de M. Belin está basado en la persistencia de la impresión retiniana, cuya duración es de una décima de segundo. En un intervalo de un décimosexto de segundo, para el perfeccionamiento de las reproducciones, evitando los temblamientos que caracterizaban los primeros aparatos.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre las dos teorías. Cuando la reproducción cinematográfica se efectúa con ayuda de imágenes separadas, sucediéndose a un intervalo de un décimosexto de segundo, la reproducción por televisión lleva sobre los puntos que se suceden sin interrupción a razón de un número suficiente para reproducir una imagen absolutamente completa en el espacio de tiempo igual al precedente.

Veamos lo que representa esta obligación, basándonos en una imagen de 18 sobre 25 milímetros, de la misma superficie que la de un film. M. Belin admite que tal imagen supone al minimum 25 puntos luminosos el milímetro cuadrado. La imagen total estará, pues, formada de 11,250 puntos.

Para que la reproducción tenga lugar, es necesario que el último de esos puntos aparezca sobre la pantalla antes que la impresión dejada por la primera imagen sobre la retina se haya borrado; únicamente con esta condición el observador recibirá una vista en conjunto del objeto. Lo que equivale a decir que los aparatos deben transmitir y recibir 11,250 puntos cada décima de segundo, o sea 112,500 puntos por segundo. Esta cifra es estrictamente el minimum, puesto que la sucesión de las imágenes debe efectuarse en un décimosexto de segundo para ser perfecta.

La televisión será, pues, del cinematógrafo cuyas imágenes, en lugar de sucederse unas a continuación de otras sobre una pantalla, se deformarán sobre ellas mismas. Esta deformación, para los objetos animados, será la reproducción misma del movimiento.

Existen dos medios para cargar los acumuladores de los tranvías: la carga separa-

da y la carga sobre el coche. En el primer caso, la batería, cuyos elementos están repartidos en cierto número de cajas móviles generalmente y suspendidas bajo el coche, es cambiada en el depósito por otra que ha sido previamente cargada, por lo que necesita el empleo de una mano de obra bastante importante y obliga a tener dos baterías para cada coche. En el otro sistema la batería está fija y se la carga en los puntos de parada donde la corriente está conducida por medio de feeders. Pero en ese caso se emplean acumuladores robustos, llamados de carga rápida, pudiendo cambiarse en un cuarto de hora una gran cantidad de electrodos. Se almacena generalmente una carga que baste para hora y media a dos horas, o sea un recorrido de 15 a 20 kilómetros.

Cuando la línea presenta pendientes más o menos largas y acentuadas, puede recuperarse una cierta parte de la energía gastada para la marcha, haciendo volver los motores como dinamos generatrices de corriente si el declive es bastante para hacer rodar el vehículo bajo la sola acción de su peso. Los motores empleados en ese caso son motores excitados en derivación cuyo sentido de rotación es la misma para el funcionamiento como generatriz o como receptor. Cuando el perfil es accidentado puede recuperarse hasta el 30 por 100 de la energía que gastara un tranvía desprovisto de ese dispositivo. Pero el manejo de los motores en derivación es más complicado y menos cómodo que la de los motores en serie.

La tracción por acumuladores puede ser combinada con la por trolley y el paso de uno a otro se obtiene por medio de uno o dos conmutadores especiales, cerrando el circuito de la batería o interponiendo el hilo de la corriente o recíprocamente. Gracias a este sistema, es posible cargar la batería durante la marcha con trolley montándole en derivación sobre el circuito de alimentación de los motores, de manera que ésta no esté jamás cargada a fondo, lo que aumenta considerablemente su rendimiento y su duración.

La Sociedad de Teléfonos Ericson acaba de construir un material extremadamente sencillo, de un estorbo muy reducido, puesto que todos los órganos están encerrados en un armario que no mide un metro de al-

to, pesando, equipado, 43 kilos. Esta central combina veinticuatro líneas y permite cinco conversaciones.

El órgano principal es un conmutador rotativo grueso apenas como el puño. La posta soporta diez de esos aparatos fijados sobre una regleta vertical y dividida en dos grupos de cinco. El primero de esos grupos es el de *conmutadores de llamada* y el segundo el de los *conmutadores de cifras*. Ambos están contruidos y funcionan exactamente de la misma manera.

Un cierto número de paradas intervienen, ora para el encargo de conmutadores, ora para su mampuesto, ora, en fin, para asegurar el funcionamiento de la llamada.

La alimentación se verifica en batería central bajo 24 volts. La corriente llega a la central automática por dos límites, en el que uno está ligado a los órganos por un fusible situado exteriormente encima el armario. Este fusible está provisto de un contacto de alarma quien acciona un campaneó independiente.

La posta de cada uno de los correspondientes se presenta bajo la forma exterior de un aparato ordinario, con un disco combinador provisto de cifras dispuestas en corona, permitiendo efectuar las emisiones de

llamadas un botón e interiormente un «roncador» que entra en acción cuando hay llamada en la posta.

Cada una de las veinticuatro líneas de esas redes es de dos hilos; todas las postas están reunidas por un hilo común al polo positivo de la batería central para procurarse la corriente necesaria al llamamiento. La cubierta de plomo de los cables puede además reemplazar ese hilo común.

Este sistema de telefonía automática es extremadamente simple y no necesita, por así decirlo, ninguna vigilancia. Los conmutadores están al abrigo del polvo por unas planchas metálicas en un lado y en el otro por un cristal.

Este invento, que sin personal determinado puede funcionar, en diversos establecimientos privados de París, Londres y otras capitales lo han adoptado.

Esa minúscula central telefónica, que, con el tiempo, será aun más simplificada, concreta en realidad un nuevo principio de telefonía automática que puede adaptarse a redes de más de veinticuatro abonados. Actualmente ya funcionan postas de más de cincuenta y muy pronto otras más importantes se pondrán en servicio.

ARTHUR DOUGLAS SMITH



«En las santas instituciones religiosas se ruega a Dios constantemente y desde la más remota antigüedad, por la paz y el bienestar de los pueblos.»

Esto leía en un libro místico un ciudadano, cuando se le ocurrió añadir en él una nota concebida en estos términos:

—Trabajo perdido, pues los resultados prueban que Dios es sordo.

DIALOGO ENTRE UN ALCALDE Y UN SECRETARIO

Secretario. — Sesenta y tres y llevo seis.

Alcalde. — Y yo otros seis.

—52 y llevo 5.

—Y yo otros cinco.

—¿Pero de que los lleva?

—¿Y usted?

—Yo de la cuenta.

—Yo lo mismo.

—¿Pero hombre!

—¿Pero mujer! ¿Cree usted que me va a envolver? Conque usted siendo secretario se lleva once y yo siendo alcalde me contento con otros tantos y todavía se queja?

—¿Sabe usted aritmética?

—Ni me hace falta. Tengo bastante con saber la gramática parda.

LAS VIDAS AGITADAS

BLANQUI

Luis Augusto Blanqui, célebre comunista francés, nació en Puget-Theniers (Alpes Marítimos), el 7 de febrero de 1805. Era hijo de un Convencional, Juan Domingo Blanqui, que firmó la protesta (6 de junio de 1793) contra los manejos de la «Montaña» y las jornadas de 31 de mayo y 1 y 2 de junio, por lo que, reducido a prisión, no recobró la libertad hasta la caída del Terror, ocupando después del 18 Brumario la subprefectura de Puget-Theniers, donde nacieron Luis Augusto y su hermano Jerónimo Adolfo.

Luis Augusto Blanqui estudió Derecho y Medicina en París, dedicándose, al mismo tiempo, a la enseñanza como profesor privado. Afiliado al carbonarismo, tomó parte muy activa en las actuaciones de las sociedades secretas, encaminadas a derribar del trono a los Borbones. Desde 1827 empezó a figurar en todas las refriegas, recibiendo muchas heridas y siendo reducido a prisión ininidad de veces. En 1830 fué condecorado con la cruz de Julio por su conducta en las barricadas.

Cambiada la monarquía, Blanqui continuó conspirando, y empezó a escribir folletos comunistas, siendo, desde este momento, su vida una serie ininterrumpida de complots, que le valieron estar encerrado casi constantemente.

En 1832 hubo de comparecer ante el Jurado por su participación en las jornadas revolucionarias de aquel año. De nuevo se sublevó al frente de los republicanos más radicales en 1839, y, preso por las tropas realistas, se le condenó a muerte, pero el rey le conmutó la pena

por la de prisión perpetua, que sufrió en el Mont Saint Michel hasta que le liberó la revolución de Febrero.

De regreso a París, infatigable e inquieto siempre, fundó el Club Central de la Unión Republicana, y la presencia de Blanqui no tardó en hacerse sentir. El fué uno de los organizadores de las Jornadas revolucionarias del 17 de marzo, 16 de abril y 15 de mayo, en las que por primera vez enarboló la bandera roja, con la que Blanqui substituyó a la tricolor.

Hombre de los famosos del 48, detenido después de la ruptura, fué condenado a diez años de cárcel, que cumplió en parte en Belle-Isle. A pesar de sus muchas tentativas de evasión, no logró recobrar la libertad hasta la amnistía de 1859. Marchó a Londres, regresando a París en 1861, donde de nuevo conspiró contra el Gobierno y se lanzó a la rebelión, por lo que, después de ruidoso proceso, fué condenado a cuatro años de cárcel.

En 1870 fundó el periódico «La Patrie en danger», y tomó muy activa parte en el movimiento de la Commune. Ahogada en sangre aquella revolución por el cruel Thiers, Blanqui fué de nuevo condenado a muerte. Conmutósele la pena por la de deportación perpetua a Nueva Caledonia, pero debido a su precario estado de salud, logró que, en vez de cumplir la sentencia en las Colonias, fuese encerrado en Clairvaux.

La prensa radical organizó una gran campaña en su favor (1878) y gracias a ella fué amnistiado en 1879, aunque si

privado de sus derechos políticos, pues el Gobierno quería imposibilitar su acción continuamente agitadora.

Sin embargo, revolucionario antes que político y a pesar de los años y de su delicada salud, reanudó su acostumbrada propaganda. Fué elegido diputado por Birdeos, pero, como hemos dicho, no tenía derechos políticos y su elección se declaró inválida.

Después, indultado definitivamente, presentóse por varias circunscripciones, pero sea porque iba perdiendo actividad o porque sus ideas dejasen de ser tan populares, lo cierto es que fué derrotado en todas ellas.

Fundó por entonces el diario «Ni Dieu ni maître». Las ideas de Blanqui consistían en el comunismo que ahora llamamos de Estado y su proyecto para llevarlas a la práctica era: un acto de fuerza que desposeyese a las clases altas y medias de sus riquezas y estableciera un gobierno dictatorial proletario. Sus par-

tidarios, numerosos y entusiastas, de los que aun restan, se llamaron «blanquistas».

Blanqui fué hombre sincero y convencido de la verdad de sus ideales, que creía debían hacer la felicidad de los proletarios. Los defendió tenazmente, y fué un revolucionario continuo y arrojado, no decayendo su ánimo ni aun en sus últimos tiempos.

El 27 de diciembre de 1884, postrer acto a que asistió, celebróse un mitin en el que peroró, sufriendo aquella misma noche un ataque de apoplejía que le ocasionó la muerte a los cuatro días.

Una inmensa muchedumbre asistió a su entierro (5 de enero de 1885) desplegando banderas rojas, siendo inhumado en el cementerio del Père Lachaise, donde en 1885 se le erigió un soberbio monumento, obra maestra de Darn, que le representa, yacente, envuelto en el sudario.

R. S.

Efemérides del pueblo

1 de marzo de 1497. — El célebre marino Vasco de Gama descubre la isla de Mozambique, terreno que se extiende a lo largo de la costa oriental, en el mar de las Indias.

Los árabes, que en el siglo x habían va ocupado la costa de Mozambique y construído en ella importantes ciudades, desde las cuales comerciaban con Arabia y la India, gracias a los buenos oficios de Vasco de Gama fueron echados de allí y desposeídos de sus sultanatos por la flota portuguesa, que llegó a aquellas insalubres playas con pretensiones de apoderarse de todo el país, cosa que no pudo lograr a pesar de los esfuerzos que para ello hicieron los misioneros dominicos y jesuitas, pues los naturales se resistieron bravamente y Portugal tuvo que contentarse con la costa.

2 de marzo de 1821. — El gobierno del Brasil decreta la libertad de imprenta.

3 de marzo de 1522. — Muere asesinado en Valencia el jefe de las Germanías, Vicente Peris.

Cuando Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, se posesionó del cargo de virrey, el elemento popular se negó a reconocer su autoridad; pero seguramente hubiera llegado a un arreglo a no ser por la resuelta actitud de la «Junta de los Trece» y especialmente de Peris y Juan Caro, que lograron excitar los ánimos hasta el punto de promover una verdadera sublevación contra el virrey, que se vió obligado a huir. Atacados después por las fuerzas de Hurtado de Mendoza, resistieron valerosamente, pero fueron vencidos. Conducido Peris, ante el virrey, fué asesina-

do a traición por un grupo armado de nobles y arrastrado su cadáver lo colgaron de una horca decapitándolo después.

4 de marzo de 1493.—Cristóbal Colón llega a la desembocadura del Tajo de vuelta del descubrimiento de América.

5 de marzo de 1861.—Decrétase la emancipación de los siervos en Rusia.

Desde el reinado de Alejandro I que se habían formado en Rusia varias sociedades secretas tales como las llamadas *Unión de la salud*, *Sociedad de los caballeros*, *Unión del bien público*, *Esclavos unidos*, etcétera, constituidas la mayor parte, no por individuos de la clase media, sino por nobles que aspiraban a variar las instituciones tomando por modelo las de la Europa occidental y algunas a establecer la república o formar una confederación de todos los países eslavos. Una de las reformas que se consideraban más necesarias, era la de la abolición de la servidumbre.

En el reinado de Alejandro II se decretó, pues, esta aspiración suprema rusa, de la Rusia pensadora.

6 de marzo de 1827.—Muere el célebre astrónomo francés Laplace.

Su obra maestra inmortal, titulada «Tratado de mecánica celeste» resume en un cuerpo de doctrina homogéneo todas las investigaciones, trabajos y empresas que habían realizado Newton, Hallevy, Clairant, d'Alembert y Euler sobre las consecuencias del principio de la gravitación universal y los distintos trabajos respecto al movimiento de la Luna, de Júpiter y de Saturno.

7 de marzo de 1522.—El navegante guipuzcoano Juan Sebastián Elcano regresa de su viaje alrededor del mundo. Sucesor del ilustre Magallanes, es el primero que realiza este viaje.

8 de marzo de 1858.—Inauguración del ferrocarril de Madrid a Alicante.

9 de marzo de 1820.—Abolición del Tribunal de la Inquisición por Fernando VII.

Obligado este rey, por el espíritu liberal de aquella época y por temor a los Carbonarios, abolió la Inquisición, aunque más tarde intentó, en vano, volverla a implantar, reor-

ganizando al efecto milicias negras como la sociedad secreta «El ángel exterminador».

10 de marzo de 1872.—Muere Mazzini, el célebre revolucionario italiano cuya vida agitada se ha publicado en estas columnas.

11 de marzo de 1895.—Naufragio del «Reina Regente».

12 de marzo de 1801.—Es asesinado Pablo I emperador de Rusia.

El miedo a la Revolución francesa y la atmósfera de desconfianza en que vivía, le movieron a establecer una política de severidad y represión que se fué acentuando cada día más, llegando hasta prohibir la entrada en Rusia de los extranjeros y someter al ejército a una disciplina que rayaba en la crueldad.

La obsesión contra la Revolución francesa hizo que rompiera pactos, faltando a su palabra, para unirse a los déspotas que iban contra la Francia revolucionaria, sin perjuicio de que después se separara de la coalición. Desafió a Inglaterra porque ésta se negó a entregarle la isla de Malta, recién arrebatada a Francia, y a la cual él, como gran maestre de la orden de Malta, creía tener derecho de dominio, incautándose de todos los barcos ingleses en puertos rusos.

Por fin, su modo despótico de gobernar, promovió una conspiración que acabó invadiendo los conjurados las habitaciones del soberano para obligarle a que abdicase, y como demorase en firmar el acta de abdicación, que leyó Subow, echáronse sobre Pablo y lo estrangularon.

Quien siembra, vientos recoge tempestades.

13 de marzo de 1881.—El zar Alejandro II de Rusia, cae muerto en la calle de Millones, al trasladarse desde el cuartel Miguel al Palacio de Invierno, cerca del canal Catalina, por las bombas arrojadas contra él por los nihilistas.

Si bien es verdad que se le debe la abolición de la servidumbre, también es cierto que él fué quien ordenó se sofocara de una manera cruel y bárbara la sublevación de Polonia de 1863. Sus reformas, unas menudadas reformas, contribuyeron a extender las ideas socialistas y comunistas entre el pueblo en su mayor parte inculto, fomentan-

do una exacerbación popular tan grande que se demostró en los varios atentados de que fué víctima.

14 de marzo de 1882.—Son sentenciados a muerte en San Petersburgo diez nihilistas.

15 de marzo de 1819. — Muere Oliverio Evans, primer constructor de máquinas de vapor de alta presión.

Obligado el hombre a la ley del trabajo, ha pretendido y pretende siempre hacerla lo menos dura posible, y el aguijón de aumentar las fuerzas humanas disminuyendo la fatiga, ha sido causa de los progresos de la maquinaria, que ha llegado con los modernos estudios a un grado asombroso de desarrollo, gracias a las aplicaciones que han recibido el vapor y la electricidad.

SOLEDAD GUSTAVO

Curiosidades históricas y científicas

EL ARTE DE LA ENCUADERNACION :: :: ::

Hasta que los romanos (o los griegos en Atenas) inventaron el uso de los libros cuadrados a que llamaban *códices* o *libelli*, no existió el arte de la encuadernación.

El libro, anteriormente, estaba constituido por un rollo formado con tiras de papiro o pergamino, unidas por los extremos, cuyas piezas llegaban hasta alcanzar 25 m. por 70 cm. de ancho y se llamaba *volumen*; se arrollaba alrededor de una varilla que en el centro del rollo estaba a manera de eje; cuya forma conservan todavía los judíos en los ejemplares de la Biblia destinados a las solemnidades religiosas. Los *volúmenes* de los romanos, que abultaban mucho y eran incómodos relativamente al libro, variaban en dimensiones y grueso. De aquí que esta segunda forma, por la natural imposición de su mayor comodidad, substituyera a la primera y entonces tomó el nombre de *códice* o *libellus*.

Los libros cuadrados u oblongos en tiempos de Cicerón y de Cátulo, reservábanse casi exclusivamente para usos administrativos del Estado. De los *Epigramas* de Marcial se deduce que en su época (fines del primer siglo de nuestra era) comenzarían a usarse, también para las obras de literatura, historia, etc., pues los *códices*, según dicho escritor, constituían una novedad. Con ellos, realmente nació la encuadernación, cuyo objeto es reunir, en un solo cuerpo, las hojas de un mismo texto o libro, cosidas y pegadas en un lomo y resguardadas entre dos tapas o cubiertas, que en aquellos tiempos y hasta entrado el período bizantino, eran dos planchas de madera, de marfil o de metales preciosos. En la Roma pagana la en-

cuadernación era practicada por los esclavos, que a la vez eran también copistas.

El libro, en su nueva forma, acabó por substituir con hojas de pergamino las planchas enceradas contenidas en los dípticos romanos.

Las cubiertas de los dípticos, con el labrado de sus figuras paganas, se imitaron o conservaron en los primeros siglos del cristianismo, dándoles nombres de personajes eclesiásticos. A medida que avanzaron los tiempos, el lujo fué apoderándose de las cubiertas de los códices. Tablillas de cedro eran empleadas para las tapas y una tira o banda de cuero sobre los cortes servía para preservar el polvo, más una correa que daba vueltas al libro ajustaba el tomo, que se colocaba echado de plano en los estantes.

El lujo más extraordinario en las encuadernaciones comenzó a reinar en el siglo iv. Las ricas y costosas envolturas con que se guarnecían los libros preciosos, son más bien trabajos de escultura u orfebrería que verdaderas encuadernaciones, en aquel primer período que con exactitud puede llamarse *bizantino*.

Durante los primeros siglos de la Edad Media las principales naciones de Europa imitaron el estilo y la suntuosidad de las encuadernaciones de Constantinopla, o bizantinas.

Después del siglo vi los encuadernadores empleaban materiales menos lujosos y que no requerían la cooperación de los plateros. El tipo de la encuadernación estaba constituido por tablillas de madera cubiertas de terciopelo rojo y guarnecidas con adornos de plata en las tapas y en los ángulos. El manuscrito más antiguo de tradición bizantina que se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena es un evangelio griego, del siglo ix, que tiene magnífica encuadernación.

Una curiosidad ofrece la Edad Media en el arte que nos ocupa; los libros llamados *de cadena*. Eran modestos en su envoltorio, generalmente de tablas, de las que salía un anillo metálico por donde se prendía el libro con una cadena de hierro o de cobre que se sujetaba a los muros de las iglesias cuando el libro era destinado al público, o bien la cadena los unía a un pupitre o estante en los archivos y bibliotecas. Por lo regular los libros encuadernados que se destinaban al uso público, eran Biblias, Evangelarios, breviarios y misales, precedentes de legados.

En un principio la encuadernación fué casi exclusiva de los monasterios, como lo había sido, en cierto modo, la copia o reproducción de manuscritos durante los primeros siglos, pero no hay duda que el ramo de la encuadernación fué desde antiguo practicado lo mismo que ahora, como un elemento de subsistencia, por artesanos particulares, aunque en escaso número. Sábese que a fines del siglo XIII, en París, se contaban hasta 17 encuadernadores, cuyo número fué en aumento a medida que se crearon estudios y universidades. En el siglo XV el Tribunal de Cuentas de París sostenía un oficial encuadernador para las necesidades de sus oficinas, pero este oficial tenía que ser analfabeto. En 1402, Guillermo Ogier fué aceptado en concepto de *encuadernador de cuentas, libros y registros*, declarando, bajo juramento, que no sabía leer ni escribir. ¿Cómo era posible que se instruyera el obrero si para trabajar en ciertos oficios tenía que ser analfabeto?

Siguiendo la encuadernación su curso evolutivo, a las cubiertas de plata y oro, adornadas con piedras preciosas, vino la cubierta de pieles o cueros de colores, de cuya encuadernación Italia fué la propagadora en Europa. Mas como era la imitación de los modelos que del Oriente circulaban por aquel país, no fueron una novedad en España. Esos modelos de libros cubiertos de pieles de colores, con notables mosaicos y dorados, eran conocidos en España desde mucho antes, en el período gótico, por la permanencia de los musulmanes en la Península. Sabido es que los árabes sabían preparar las pieles, perfumarlas, teñirlas y dorarlas; que conocían, además, el arte de la verdadera encuadernación de tapas de cuero con labores estampadas en oro, en plata y gofradas.

Cuando en Europa, durante el siglo XI, el arte de encuadernar no acababa de salir de su primer período, con sus libros de orfebrería nuda, esmaltada, rebujada o de escultura, entonces, al trasladar desde El Cairo a Alejandría la biblioteca de los califas, ésta fué saqueada por los turcos, cayendo una parte de los libros en manos de una tribu berberisca, cuyos es-

clavos arrancaban las tapas de piel para convertirlas en calzado.

A fines del siglo XV, en España se elaboraron cubiertas extraordinarias, antes del Renacimiento, como, por ejemplo, el notabilísimo ejemplar manuscrito de *Las Siete Partidas*, guardado ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid, sin parecido a ningún tipo exótico ni siquiera con reminiscencia alguna como no sea la oriental connaturalizada en el centro de España.

A la invención de la Imprenta, el arte de la encuadernación tomó un impulso grandioso, a la vez que simple.

La sencillez domina ahora, siendo el oficio de encuadernador en las grandes urbes, uno de los más importantes.

¿CUANDO SE INVENTARON LAS CAMPANAS?

Ignórase a punto fijo la época de invención de las campanas, pero puede asegurarse que datan de la más remota antigüedad. Como adornos y de pequeñas dimensiones, se nos presentan en la historia engalanando la vestidura del gran sacerdote de los hebreos, quince siglos antes de J. C. Pretenden los chinos que por los años 2,262 anterior a la era cristiana, poseían doce campanas, cuyos graduados sonidos expresaban los tonos de la música, y los primeros misioneros que fueron a aquel país, encontraron campanas efectivamente de todos tamaños, pero no puede presumirse la época a que pertenecieran.

La hora de apertura de los baños se indicaba en Roma a son de campana y se repicaban cuando contestaban los oráculos. Con ella se advertía al pueblo de todo acontecimiento notable, como los eclipses, paso de los condenados para el suplicio, etc. En Egipto se anunciaba con campana en los mercados la venta del pescado.

Desde que los cristianos pudieron celebrar públicamente sus reuniones, emplearon distintos medios para convocar a los fieles: en unas partes se usaron trompetas, en otras matracas o sencillas tablas o láminas metálicas que herían con un martillo, y en algunas tan sólo el canto de la Aleluya.

Pero todos estos medios han sido relegados al olvido y substituidos por las campanas.

No es posible fijar con certeza la época en que se introdujeron en los templos cristianos que unos quieren se deba a Paulino de Nola, muerto en 440, y otros al Papa Sabino, sucesor inmediato del Pontífice Gregorio y que gobernaba la Iglesia en 504.

Encuéntrense las campanas en Francia en el siglo VII; en Oriente no se empezó a usarlas hasta 877; en Inglaterra se adoptaron en 960, y en 1002 en Suiza. En España se adop-

taron durante el reinado de Alfonso el Casto, siglo octavo.

En la Edad Media no tuvieron las campanas sino muy reducidas proporciones, de tal modo que despertaba admiración la que pesaba dos o tres mil libras. Desde el siglo XVI se comenzó a hacerlas de grandes dimensiones y se fundieron algunas, como la de Toledo, que pesa muy cerca de las cuarenta mil.

Hasta el siglo XV apenas se las pusieron adornos; pero a partir de esta época se las ha adornado con molduras y con las armas de la iglesia o del padrino, el nombre del fundador y el año de la fundición.

RITOS Y SIMBOLOS DEL PAGANISMO :: :: :: ::

La Iglesia Romana, para asentar su autoridad e influencia en las masas, se asimiló los ritos y símbolos del paganismo, uniendo, además, el ritual de la Persia y del Egipto a la Trinidad de los Brahmanes y a la moral de los budhistas. Es el producto de todos los viejos sistemas religiosos del Asia. A los elementos brahmánicos, eranos, egipcios, fenicios y judíos, añadió la doctrina del amor al prójimo, tomada del budhismo.

Las plegarias y oraciones, como los gestos que acompañan a éstas son tomadas del paganismo o del budhismo.

Los trajes tienen el mismo origen. La sotana negra con faja en la cintura era la vestimenta de los sacerdotes de Mithra. Las albas y sobrepellices recuerdan las vestiduras de los sacerdotes de Isis.

La casulla era la vestidura de los sacerdotes egipcios y fenicios.

El bonete negro, cuadrado, es el tocado que usaban los Flamines, sacerdotes de Júpiter en Roma.

El casquete negro hemisférico cubría en otro tiempo la cabeza de los sacerdotes del colegio de los Arvales en Roma, cinco siglos antes de Jesucristo.

La mitra de los obispos recuerda el tocado de los sacerdotes caldeos, que se veía también en Egipto en la cabeza de los sacerdotes y de algunas divinidades.

Barunius refiere que los sacerdotes del paganismo, cuando sacrificaban, llevaban la sobrepelliz, el anillo, la mitra y el alba.

En cuanto al báculo, antiguo bastón de los jefes de tribu, señal de mando y autoridad, se veía en los tiempos más remotos en manos de los sacerdotes de Siria. En el paganismo, éste era el bastón augural.

La vestidura de los Papas también está tomada del pasado. Los reyes de Babilonia llevaban un anillo de oro que les servía de sello; babuchas, que besaban los reyes vencidos; un manto blanco, una tiara de oro de la que colgaban dos cintas. El Papa lleva, como ellos, un anillo de oro que le sirve de sello, babuchas que besan los fieles, un manto de satén blanco sembrado de estrellas de oro, una tiara de la que penden dos cintas de oro.

La rasura de los cabellos tiene el mismo origen que los trajes. Desde la antigüedad más remota era costumbre en los sacerdotes el afeitarse toda la barba. En el arte caldeo, el tipo barbudo y con cabellera representa a los dioses, a los héroes, los príncipes, los guerreros y los pastores y el rapado a los sacerdotes.

Entre los egipcios, los sacerdotes de Isis, consagrados al culto del Sol, se afeitaban la parte superior de la cabeza en forma de disco, como hoy lo usan los sacerdotes católicos.

¿Paganismo? ¿Catolicismo? ¿Qué más da! Lo único, son las plumas de pavo real con que ha querido adornarse el grajo.

EL BACHILLER DE SALAMANCA



NICIAS. — Admirable es eso. Pero, a decir verdad, Hermodoro, no veo gran diferencia entre el todo y la nada, y hasta me parece que faltan palabras para establecer tal distinción. Lo infinito se asemeja muchísimo a la nada; ambos son inconcebibles. Opino que la perfección es cosa rara; se paga con todo el ser, y para poseerla hay que dejar de existir, y esa es una desgracia de la cual ni el mismo Dios se ha podido librar desde que a los filósofos se les metió en

la cabeza perfeccionarle. Al fin y al cabo, si no sabemos lo que es no ser, ignoramos, por lo mismo, lo que es ser. Nada sabemos. Dicen que es imposible que los hombres se entiendan, y yo pienso, no obstante el rumor de nuestras disputas, que les será imposible no ponerse al fin de acuerdo, sepultados unos al lado de otros, bajo el cúmulo de contradicciones que han amontonado, como el Osa sobre el Pelión.

ANATOLE FRANCE



LA VIDA Y EL MISTICISMO

El alma humana, y llamamos alma humana al conjunto de los pensamientos y de las sensibilidades del hombre, siempre lleva o siempre ha llevado elementos de destrucción de la propia vida que con aquélla adelanta.

Hase observado que detrás de una nueva concepción de existencia, ha ido el neo a convertir aquella vida nueva en nueva religión.

Todas las ideas y todas las doctrinas han tenido sus neos, que son lo que en arte los caricaturistas: aquellos que exageran lo exagerado de las ideas. Y si el neo va detrás de la doctrina, el místico va detrás del neo; lo que es un mal y un bien; más grande el mal que el bien.

Es un mal, porque con neos y místicos no se ha llegado ni se llegará a una práctica vigorosa y despreocupada de la vida; y es un bien, porque los neos y los místicos defienden los principios con más pureza de intenciones y con más tenacidad que nadie. Son los místicos de todas las ideas los que, si es preciso, sufren tormento y persecución por ellas.

Pero mientras en la especie humana queden elementos psíquicos de martirio, sufrimiento y tortura, moral o material, quedará, también, en los hombres enemigos de las idealidades que los místicos defienden, la barbarie suficiente para convertir las ideas en pecados mortales, merecedores de ser, los que las defienden, perseguidos a sangre y fuego.

Aun invirtiendo el concepto, la consecuencia sería la misma, porque tan místicos y tan neos son los que martirizan persiguiendo un ideal, como los que por el ideal sufren martirio, cuando lo sufren resignados y como un mal necesario que necesita perdón. Claro que mientras haya temperamentos místicos en las ideas perseguidas—y todas las ideas, lo mismo religiosas que políticas, han sido perseguidas,—serán inútiles, y lo han sido

siempre, las medidas de rigor para detenerlas; pero los ideales armoniosos, como las sociedades de vida amorosa y sana, no pueden sostenerse con místicos: su propio temperamento es ya un desequilibrio orgánico, desde el momento que hay algo superior a la vida.

Son los místicos, de uno y de otro campo, los que en defensa o en persecución de un ideal, que también es defensa de otro, llegan al terror, a la barbarie o a la crueldad.

Por esto nosotros donde vemos un neísmo vemos un misticismo y donde vemos un misticismo vemos un enemigo de la vida, que habrá de convertir en nueva religión lo que pudo ser nueva existencia.

Tales peligros observamos en esa regeneración de la vida humana, que empezó llamándose vegetarismo y que en seguida tuvo sus neos y contraneos hasta llegar al salvajismo.

Lo que fué un principio de vida, puede convertirse, se convertirá seguramente, de exageración a exageración, en un principio contra la vida misma.

Porque la vida tiene una armonía y un equilibrio; perderlas es la muerte.

Incontrovertible que todo ideal cree poseer o representar aquel equilibrio y aquella armonía de que hablamos; pero felizmente la vida tiene una medida que ella misma otorga a manos llenas.

Será más vital, estará más dentro de la vida, estará más sano aquel organismo que sienta con más fuerza y vigor los dones de la Naturaleza con sus pasiones, que ninguna doctrina escrita ha de limitar con distinguos ni peros metafísicos; que no ha de limitar, más que la Naturaleza.

Por esto la vida y el misticismo se repelen, no importa donde el misticismo se abrigue.

FEDERICO URALES

LA LITERATURA ESPAÑOLA

DESDE MADRID

«Los lobos del lugar»

Después de Linares Rivas, el recio dramaturgo continuador de la obra demoledora de Dicenta, «Parmeno», más efectista y menos vigoroso y sincero, trató, aparatosa, aunque tímidamente, la cuestión social. El caciquismo, los foros y la miseria del terruño, fueron los temas por él escogidos.

Y, siguiéndole por el mismo sendero, han surgido Francisco de Viu, Alvarez de Sotomayor y algún otro que siento no recordar.

Sin embargo, precisa decir cuan insignificantes y temerosos son esos intentos; cuan poco valen las obras sobre ellos trazadas y cuan mediocre es el talento de los dramaturgos que, tras la fuerte y pasional labor de Linares Rivas y la enfática y escurridiza de López Pinillos, han intentado refundir y vivificar ese tema, en el fondo no fundamental, pues va enlazado a la causa única, o sea la defectuosa sociedad presente.

Y aun puede afirmarse que es muy superior el ingenio, la buena fe y la técnica de Francisco de Viu, demostrada en el hecho de abarcar problemas más amplios y más-humanos, que no la de Alvarez de Sotomayor, antes poeta que dramaturgo y mejor literato que pensador.

Muy poco, poquísimo vale su obra *Los lobos del lugar*, estrenada en el teatro Martín por la compañía de Julia Delgado Caro y Ruiz Tatay. Recibióla bien el público, este público anodino o mal acostumbrado de Madrid, y quizá de toda España. No dañaba sus intereses creados y en cambio ponía cerca, muy cerca de su corazón, un conflicto sentimental-social, sin estridencias ni valentías, con una triste impotencia y una inmensa resignación.

Gastado, vulgar el tema; cobarde, nula, la conclusión. Oportunismo literario, el de desarrollar una obra sin trascendencia en una aldea y en hacer surgir en ella la sombra del

cacique «el lobo del lugar». Está de moda entre la gente «bien» el demolederismo caciquil y Alvarez de Sotomayor, decididamente «bien», ha creído llegado el momento de escribir una obra, frondosa y pródiga en tópicos, grandilocuencia y declamaciones, pero tan antigua como el mundo en tesis y muy insignificante en utilidad.

El cacique que acapara la tierra comunal, condenando a la miseria, con crueldad absurda, a muchos seres; el leñador expoliado; la muchacha que por hambre se prostituye; el cura de aldea que ahora, en la época de las transformaciones sociales y de las reivindicaciones humanas, quiere salvar al mundo con la caridad!, reflejo empequeñecido del abate Rosé de Zola, no constituyen, no pueden constituir nervio original de ninguna obra, ni ella es «purificación artística», como pomposamente se ha querido que fuese *Los lobos del lugar*.

A lo sumo, alarde de forma poética; intromisión simpática del arte rimado en la vida humilde; inquietud espiritual que se manifiesta tímidamente en Alvarez de Sotomayor. Pero, ni aun concediéndole todos los honores de la sinceridad, de la buena intención y del mérito poético, puede salvarse *Los lobos del lugar* de una rotunda declaración de cobardía, pequeñez y falta de originalidad.

«La entretenida»

* Obra de mujer y obra feminista es *La entretenida*, estreno de la compañía que actúa en el Cómico.

Pero, antes de extenderme acerca de ella, quiero declarar, en descargo de mi conciencia, que siento muy poca simpatía por Felipe Sassorie, su autor. Cuestión es ésta que entra dentro del terreno de la psíquica, y de no sé cuantas extrañas ciencias más, que por cierto ahora están de moda.

A mí, Felipe Sassone no me ha hecho nada, absolutamente nada. Y, sin embargo, me es antipático. Yo creo que llegaría, a ser posible, a sentir odio hacia él. No me ha hecho nada y apenas le conozco. No se explica, por tanto, mi raro sentimiento de animosidad.

Y yo, que ante todo soy justo y que no quiero imponer ciegamente mi criterio y mi única impresión, hago este pequeño inciso declaratorio, afirmando que procuraré dominar mi inexplicable o quizá explicable antipatía, ciñéndome a la obra estrenada.

Pero, de todas maneras, es indudable que un motivo u otro debo tener para casi—casi, bien entendido—odiar al señor Sassone. Este motivo, tenazmente buscado por mí, encuéntralo en lo que conozco más de Sassone: sus obras, y hasta es probable que pueda demostrarlo a mis lectores con la misma *Entretenida*.

El señor Sassone es un hombre—afeminado, vanidosillo, «coqueto», pero hombre al fin—que no sabe escribir sin hacer piruetas psicológicas, retórica, metafísica sentimental y feminismo cursi. Y eso de que don Felipe Sassone sea «un romántico exaltado y forjador de ideales», como alguien ha dicho por aquí, no puede pasar sin protesta, como no puede pasar sin protesta su última obra, aplaudida por un público identificado con la empalagosa y excesiva pastosidad de la literatura del señor Sassone, hombre afeminado, vanidosillo, «coqueto»... pero hombre al fin.

He aquí, de un brochazo y sin darme cuenta, explicada mi antipatía hacia Sassone. A mí me gustan las literaturas y las personas sinceras, fuertes, siempre en carácter, siempre en su justa medida, enérgicas sin brutalidad y atractivas sin artificio; es decir, todo lo contrario de lo que es don Felipe Sassone, escritor y hombre de lo más aparatoso, frágil, saltarino, variable, dulce y artificial que hay en el mundo.

De manera, que siendo así don Felipe y siendo las obras reflejo de los hombres, irremediablemente *La entretenida* habla de ser obra de aparato, frágil, saltarina, variable, quizona y artificiosa. Lo es en efecto, con sus ribetes—siempre oportunistas—de zaherimiento social, sin más valor que el presentarlo tanto al viento como no á cuento.

El tema, dentro de su mecanicismo, es insincero. Díjense bien mis lectores que, a pe-

sar de sus defectos y de mis animosidades, no niego humanismo a *La entretenida*.

Todo el mundo sabe lo que es «una entretenida»: la mujer que se alquila a alto o a bajo precio, según su categoría o situación económica. Una mujer de esas, miserables si las hay, es la protagonista de Sassone. Y el conflicto, que en la literatura de Sassone no es lo fundamental, sino lo accidental, y que en *La entretenida*, desde luego, está muy llevado por los cabellos, consiste en que el hombre, rico y bruto, que la alquiló, no quiere desalquilarla cuando ella, solicitada por un amor sincero, intenta redimirse. La obra gira alrededor de ese cariño, pobre y salido del alma y la pasión orgullosa, egoísta y feroz, del aristócrata que por imponer su matonería se opone a él. En este aspecto se encierra, también, la trascendencia feminista de la obra.

Sin embargo, ya he dicho que en la literatura sassoniana, el argumento es casi un accidente sin importancia. Lo fundamental son las frases, los conceptos y la psicología, enrevesada y particular y algunas veces tan lejos de la realidad, que sólo haciendo un esfuerzo de imaginación, como hace Sassone al crearlas, podemos los espectadores comprender las figuras de muchas de sus obras.

Con cabriolas sentimentales y escapadas a lo social y saltos de trascendencia o sea como quiera, la cuestión es que *La entretenida* se aplaudió. Sassone, con su silueta muy «snob» y de un cosmopolitismo bastante afectado, salió a escena y el Cómico se pertrecha con una temporadita completa de don Felipe.

Las mujeres acudirán a ver obras «en defensa suya», llenas de miel y de abejas, con una gama infinita de colores y un fondo sin ningún color. «Lo que quiere el público», dirán, envidiosos, los demás empresarios. «Lo único que se estrena y se quiere estrenar», digo yo y conmigo una parte de público que desea teatro útil y fuerte y definido, escuela de educación ciudadana y de cultura espiritual.

«Mari-Luz»

Pasemos ahora al teatro Español, al señor Martínez Sierra, traductor de *Mari-Luz* y a la compañía Díaz-Artigas que la ha estrenado.

Mari-Luz es una traducción de la obra inglesa *Mary-Rose*, de James Barrie, e indiscutiblemente es la mayor rareza que se ha presentado al público madrileño, contando desde las obras de Muñoz Seca a las de Pirandello.

Yo, a decir verdad, no comprendía de momento a *Mari-Luz*. Todas las obras han de tener un por qué han sido escritas, y un por qué pasa en ellas lo que pasa. Tales *por qué*s es difícil contestarlos sin reflexionar hondamente sobre *Mari-Luz*, y por esto, aunque su estreno fuese bastante anterior al de las dos obras antes comentadas, la he dejado para la última.

Expondré, como mejor pueda, el complicadísimo argumento de *Mari-Luz*, despojándolo de todas sus fantasmagorías poco modernas y procurando que mis lectores encuentren en seguida el fondo de la obra, cosa no muy fácil de hallar, pues es muy profundo el símbolo de finidad humana y de eternidad idealizada de la vida-espíritu que *Mari-Luz* representa; metafísicas desentonadas en el teatro y menos si aparecen bajo la advocación de algo tan endeble e infantil como son los acontecimientos sobrenaturales de esta obra.

Mari-Luz, próxima a casarse, sueña ya con un hijo. Lo tiene y lo ama divinamente, con un amor que quisiera eternizarse. Hasta aquí es bella, natural y humanísima la tesis. Pero ahora viene lo inexplicable, sobrehumano y sobrenatural. *Mari-Luz*, por un raro fenómeno que ni Barrie ni nadie es capaz de explicar, posee la extraordinaria facultad de haber hallado en su vida una isla donde pierdese de vista su figura y los días y los años pasan sin dejar huellas en ella. Niña, en una excursión hecha con sus padres, perdióse su silueta en la isla durante treinta días y al cabo de ellos volvió a aparecer, sin tener noción del tiempo transcurrido.

Los padres, al casarse su hija, contaron la maravilla. Y pasado tiempo del matrimonio, los esposos vuelven a la «Isla que gusta de ser visitada». El milagro vuelve a hacerse. *Mari-Luz* desaparece de la vista humana y ahora son años los que transcurren, creciendo el hijo, madurándose el esposo y envejeciendo los padres.

Y al fin, cuando el hijo, mozo ya, está en la guerra, la madre reaparece tal y como era cuando desapareció. Joven de cuerpo y joven de alma, mientras los otros de alma y de

cuerpo han ido envejeciendo. Y aquí estalla el drama. *Mari-Luz* ha perdido el hijo, el niño adorado divinamente por ella. Lo ha perdido porque, ella, niña siempre, se encuentra con un hijo hombre. El dolor de este divorcio entre la vida material que pasa y la vida moral que quisiera perdurar, es el símbolo de la obra. *Mari-Luz* muere porque no tiene a su hijo niño, el hijo que dormía en sus brazos. Y sólo en el último acto, muerta la madre y de retorno de la guerra el hijo, se reconcilian espiritualmente el amor de la madre hacia el niño y el amor del hombre hacia la madre.

Hay verdadera belleza en esta poética tesis, pero los medios de que se vale Barrie para desarrollarla son demasiado fantásticos e infantiles.

Dentro de la vida misma puede vivir y morir la tragedia de la madre que ama al niño y llora al verlo hombre. Y la reconciliación de estos dos amores tan grandes y tan distintos: de madre a hijo y de hijo a madre, podía realizarse sin necesidad de recurrir a la casa visitada por los espíritus, en que se refugia el hijo y donde va a visitarle la sombra de la madre, viéndole, en su intimidad y en su dolor mudo, tan niño como era antes; antes de que la vida, pasando por él y no por ella, se lo hubiese robado.

En honor a la verdad debe decirse que la obra está maravillosamente dialogada y que, dentro de su situación especial, gustó al público.

De todos modos, el éxito no fué estruendoso, seguramente porque no en todas las inteligencias puede penetrar un tan sutil aspecto simbolista y filosófico del arte. Y de la utilidad humana del hondo conflicto, transespiritual casi, de *Mari-Luz* no hablemos. Nada resuelve ni para nada sirve. Rebelión y descubrimiento moral, ninguno. No obstante, pensada bien, se encuentra en ella la gran delicadeza de un consumado poeta; delicadeza que a través de la visión rápida del desarrollo escénico, desaparece por completo.

Es exótica, considerándola en conjunto, por su completa incoordinación y lo metafísico del tema, pero, dentro de idéntico existismo, es mucho más moral y humana *Mari-Luz* que *Seis personajes en busca de autor*. Quizá alguien dirá que es inoportuno el recuerdo, pues nada tiene que ver el teatro de

James Barrie con el de Luigi Pirandello. Mas hay algo, el afán de llamar la atención en ambos autores, puede ser, que los hermana, aunque la obra de Barrie, en belleza de

tesis, no en desarrollo, esté muy por encima de la de Pirandello.

AUGUSTO DE MONCADA

Madrid, febrero de 1924.



LIBROS RECIBIDOS

LA SOMBRA DE HERÁCLITO

Hace mucho tiempo que no habíamos leído un libro con tanta atención y sin perder línea como el titulado *La sombra de Heráclito*, cuyo autor, Fernando Lles y Berdayes, ha tenido la amabilidad de remitirnos desde Matanzas (Cuba), amabilidad que le agradecemos porque nos ha hecho trabar conocimiento con un escritor de mucha estima.

Como el libro no es de los que tienen argumento explicativo, sino que lo forman una serie de pensamientos metafóricos soberbiamente aplicados contra las maneras de pensar y de proceder de las sociedades en general y de los individuos en particular, para dar una idea de lo que es el libro, vamos a entresacar de él algunos fragmentos que aunque escogidos, no serán los mejores, ya que sería difícil seleccionar una parte donde el todo o casi el todo, es selecto.

En su prólogo que subtítulo *¿Qué es lo que quiere Heráclito?*; el autor nos hace saber que Heráclito quiere un concepto menos hipérfisico de la Moral; un concepto menos metafísico del Arte; esto es, una noción más natural de la vida humana.

«Que todo hombre sepa la verdad de la vida, y sobre todo, la triste verdad que encierra la hipocresía de los credos sociales, donde la noción general de lo sublime encarece la virtud de los falsos conceptos, con sonoras y detonantes palabras insinceras que llenan de asco la conciencia, y el sentimiento de rectitud de los meditativos!»

«Creeré en la justicia—dice—cuando no haya un solo hombre injusto sobre la tierra. Hay cosas como la equidad que no pueden ser relativas, porque entonces ya no son nada, sino un embate más.»

«Cuenta un hagiógrafo que Simeón el Estilita, vivió cuarenta años en la Tebaida, sobre el zócalo de la columna de un templo en ruínas.

Esto prueba el poder maravilloso de la fe; sin embargo, Arquímedes, que era pagano, pero que también creía en algo, en mejorar con su ciencia, por ejemplo, la condición del hombre de su época, no tardó tanto tiempo en descubrir las leyes del equilibrio con la palanca y el peso específico de los cuerpos.

También la fe, como todo lo humano, tiene categorías, y cuando transporta ciegamente las montañas, para ahogar en un círculo de ignorancia y de sombra el espíritu del hombre, no es justo que se crea asistida del derecho de proclamarse juiciosa.»

Dirigiéndose a la verdad, dice:

«Si tienes algo nuevo que decir, no calles. No importa que tu voz suene agria, acusadora y dura. Por mucho que desafines en el concierto, nunca dirás nada tan insólito que alguna realidad no lo haya superado, y, en definitiva, piensa que el sentido de lo conveniente en el hombre, siempre tomará de tu prédica para su provecho, aquello que mayor utilidad pueda reportarle en la vida.

Y lo que es útil, es bueno y es moral.»

«En tiempos de Platón, éste no conocía de la Gramática sino el nombre y el verbo, y Aristóteles no sabía distinguir siquiera el singular del plural, o al menos no expresa que supiera hacerlo técnicamente.

Pero Platón y Aristóteles conocían la Lógica bastante bien y eran dos profundos intuitivos, lo cual ya es otra cosa, cuando se trata de escribir del modo genial que ellos lo hacían, levantando sobre una sintaxis ignorada, la maravillosa arquitectura de un estilo, rara vez superado desde entonces, sobrio, preciso, claro y armonioso, como la afirmativa y elegante sencillez de una columna jónica.»

«Me place ser un dios para mi perro. Pero un dios justo, omnipresente y omnipotente. Lo alimento y le evito enfermedades y dolorosas contingencias.

El me paga con creces este acendrado amor que le profeso, y yo adivino a través de su clara mirada que tengo elevado en su corazón el culto más alto de toda su capacidad religiosa y sensitiva.

Yo soy para él un dios visible y su homolatría es razonable.

¡Ojalá lo fuera tanto el decantado sentimiento religioso que, según las escuelas trascendentales, establece entre los perros y nosotros una marcada distinción que nos honra!»

En un capítulo que titula *Un concepto de la moral*, dice:

«Nadie ha sabido jamás nada de un Budha que predicara entre los monos la fraternidad que practican, no ya sólo entre los de una misma tribu, sino entre los de manadas inmediatas y especies distintas.

Aventajando en esto al hombre, de un modo sorprendente, todo mono en la lactancia que haya tenido la desdicha de perder a su progenitora, será amorosamente acogido, mimado y alimentado por los demás adultos de la tribu.

Todos los monos tendrán siempre para el pequeño huérfano los más solícitos cuidados; pero desdichado el animalejo de otra especie que caiga, por su desventura, en manos de sujetos tan específicamente morales, porque pagará con rudos sufrimientos su peligrosa imprevisión.

Son buenos entre sí. Es cierto. Sólo riñen por detalles secundarios del provecho y de la libertad individual y fraternizan a base de lo que el instinto de sociabilidad les exige, como necesidad suprema para mantenerse unidos, y, a pesar de esto, tampoco ha sido posible averiguar nunca que sociólogo alguno les haya enseñado jamás a conducirse de ese modo.»

Pregunta luego a los hombres:

«¿Temeráis retrogradar hasta la selva, si llegarais a ser un poco más naturales?»

No sé por qué. El hombre es, por naturaleza, más decente que el mono y más que el pobre Diógenes, víctima de una aberración primitiva, exacerbada por un exceso de ansia vengadora.

No temáis eso, porque a la clara inteligencia del hombre, siempre se le puede exigir una mayor suma de natural decoro que a un cercopteco.

No exageréis ese peligro, sino pensad que entonces, con una fraternidad a lo simio, no sería posible concebir una guerra entre los monos de la selva clara y los monos de la selva oscura, entre los hombres de Francia y los hombres de Alemania; guerra por la posesión de un río, por el color de un dios o por competencias industriales en el arte de fabricar proyectiles para mejor herirse unos y otros o para derribar nueces de coco.

Comprended que los monos no se matan entre sí nunca. Pensad que para esto no han ne-

cesitado evangelistas ni evangelios. Ved que no son deístas ni sublimes en nada, y después de ponderar todo eso, sabréis que, en la moral de especie, por lo menos, nada podría enseñarle a un gorila el más austero predicador de virtudes de todos los credos religiosos del mundo.»

Y así, con elementos lógicos de pensamiento y con dicción clara, concisa, cortante, está escrito este libro de más de 250 páginas. El autor no indica el precio ni dónde puede adquirirse.

L'INITIATION INDIVIDUALISTE ANARCHISTE :: ::

Este libro, según afirmación del autor, el compañero E. Armand, tiene por fin dar del individualismo anarquista—de su esencia, de sus reivindicaciones—una idea, una representación, una perspectiva tan claras como se lo permite el conocimiento que del asunto posee con veinte años de propaganda y de combate por unas ideas que le son tan queridas.

Muchas son las materias de que trata el libro de Armand, siendo los capítulos más interesantes, a nuestro entender, el III, *Anarquismo. Individualismo antiautoritario o anarquista. Sus aspiraciones*; el XXI, *El hecho histórico, el hecho económico y la actitud individualista*, y el XXV, *¿Hacia una humanidad nueva?*

Como pensamos reproducir algunos capítulos, nuestros lectores podrán juzgar de la importancia que tiene el libro de Armand.

Cerca de 350 páginas de amazotada lectura, cuesta el libro 8 francos ejemplar en la Biblioteca de *L'endehors*, París y Orleans.

EL LIBRO DE LA MUERTE

CONSUELO PARA LA VIDA :: ::

Editado por la Casa Maucci de Barcelona, hemos recibido el libro cuyo nombre encabeza estas líneas, debido a la pluma de don Ramón Sarmiento, pbro.

Muchos años hace que no habíamos leído letra alguna del cura Sarmiento, uno de los pocos que le vino estrecha la sotana, cuando estaba de moda ser librepensador, y hoy, al leerle de nuevo, vemos que no desmerece su prosa de la de antaño. Burla, burlando trata de lo más tético que hay en la vida, la Muerte, y lo hace con razonamientos tales, que, según ellos, sólo la Muerte es la igualdad, sólo la Muerte es la fraternidad, sólo la Muerte es la libertad.

«Un cristiano—dice—deja el mundo y entra en religión para ofrecer el sacrificio de su vida entera y no pensar más que en ganar el cielo.

«Bueno; pues cuando a este prójimo le dicen que ha conseguido sus deseos, que se ac-

baron las penitencias y que se va a ir al cielo, le dan un disgusto horrible, quiere que la medicina le salve, pide, en nombre de la caridad, que se le apliquen toda clase de cuidados a ver si logra retrasar el viaje y, si mejora, no hay palabras con qué ponderar su contento y las enhorabuenas que recibe.»

El autor ha escrito un libro altamente sugestivo, a pesar de que trata de la Muerte. La obra está desligada por completo de todas las preocupaciones de ultratumba y arremete con brío contra las farsas mojigatas de las religiones en los últimos momentos de la vida humana.

Su precio, 2 pesetas el ejemplar de 200 páginas. Puede adquirirse en esta Administración.

LA VOZ HUMANA

(EL LIBRO DE TODOS)

La Casa Maucci ha enriquecido su biblioteca con el interesantísimo libro que Enrique O. Neill, profesor de canto, fisiólogo de la voz con sistema propio, ha escrito sobre la voz del hombre aplicada a todos los usos en el transcurso de la vida.

Sostiene la tesis de que los únicos idiomas que se prestan a la buena emisión, vocalización y dicción justas, son los que se encuentran entre una de las familias del grupo de las lenguas arianas, o sea latinas o neo-latinas: el italiano, el francés y el portugués, debido a que la acentuación musical y gramatical recaen indefectiblemente sobre un sonido vocal o de vocales compuestas.

Por el contrario—dice,—con rarísimas excepciones, los naturales de los pueblos de origen

eslavo y las ramas de origen teutónico, alemán, holandés, inglés, anglosajón, escandinavo, lituano y normánico de una parte y los de origen semítico por otra, no poseen facultades vocales apropiadas al *bel canto*, no por falta de extensión, timbre, volumen y temperamento artístico, no; sino porque los idiomas respectivos son refractarios a la buena emisión de los sonidos apoyados en la cavidad bucal...

El prólogo está escrito por el doctor Martínez Vargas y dice en él que el libro interesa a todos: al técnico y al profano.

Esta obra forma un tomo de 400 páginas con más de cuarenta dibujos que representan el estuche laríngeo, interior de las fosas nasales, el corazón, la epiglotis, el tórax, etc., y láminas con retratos de artistas célebres, como Gavarre.

Precio: 6 pesetas en rústica y 8 en tela. Puede adquirirse en esta Administración.

RENACIMIENTO O PLURALIDAD DE VIDAS PLANE-TARIAS :: :: :: :: ::

Con este título acaba de publicar también la Editorial Maucci un libro escrito por Fabián Palasí.

Trátase de un libro que proclama la eternidad o inmortalidad del Yo o ente espiritual en oposición a la escuela materialista, y parece que se trata de saber si seremos o no seremos, y de cómo seremos.

El libro cuidadosa y pulcramente editado, forma un volumen en octavo mayor de 336 páginas y se vende al precio de 6 pesetas.



COTTA. — Cuando terminaba la república murieron mis abuelos por la libertad con Bruto. Pero puede ponerse en duda si lo que llamaban la libertad del pueblo romano era, en realidad, la facultad de gobernarlo ellos. No niego que la libertad sea para una nación el bien más precioso. Pero cuanto más vivo, más me convengo de que sólo un gobierno fuerte puede asegurársela a los ciudadanos. Durante cuarenta años he ejercido los más altos cargos del Estado, y una larga experiencia me enseña que el pueblo está oprimido cuando el Poder

es débil. Por eso aquellos que, como casi todos los retóricos, tratan de debilitar al gobierno, cometen un crimen detestable. Si la voluntad de uno sólo se ejerce alguna vez de funesto modo, el consentimiento popular imposibilita toda enmienda. Antes de que la majestad de la paz romana cubriera el mundo, los pueblos únicamente fueron dichosos cuando los regían despotas inteligentes. Si todos hubieran sido como ellos, todos hubieran demostrado que no los necesitaban.

ANATOLE FRANCE

LOS QUE FUERON

(En esta sección publicaremos lo más notable que han producido los hombres cumbres que ya no existen.)

No hay dogma económico

Sanciona el código la propiedad en la forma en que actualmente está constituida, niégala su sanción la ciencia, señalando a su origen principios diametralmente opuestos a los que la atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen por natural consecuencia a penosa crisis que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente a la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas, que tienen preocupaciones, ideas e intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vegeta en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado se hallan estas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales, anteriores al hombre y por consiguiente anteriores a la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en

una familia o en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia o de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia a la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarse la primera como acaparadora y expoliadora y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *hered* social, privando de la justa participación a todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido re-

vestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos éste que en tan grande oposición se halla con la verdad y con la justicia y que además es causa de males innumerables, de infinitas víctimas, y promete, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, substituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista o adulador, combatimos no menos enérgicamente los paliativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños los acaparadores y explotadores de todas las posiciones y seguros de que no serán desalojados de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tendencia natural al mejoramiento propio, predicán el ahorro, prometiendo a los que lo practiquen constantemente, la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoísmo para contener la masa de los desheredados, predicán también la caridad, y amalgamando así el egoísmo y el altruismo se produce un compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y cómplices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al individuo a cometer actos de insolidaridad; respetamos la caridad, no en su místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes sino encubridores y causantes de grandes males, cuando sirven de reparos y paliativos a injusticias trascendentalísimas.

En pugna con esa hipocresía admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió a decir que el que no encontrase cubierto para sí en el banquete de la vida, no tenía derecho a quejarse, sino a morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón, juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detengan en tan noble propósito los vanos respetos de que pretenden rodearse el error y el vicio, arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse a afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que esto todo individuo lo tiene aún en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes a todo dogma para proporcionar prosélitos a la ciencia y con ellos allegar elementos a la obra de la transformación social.

ANSELMO LORENZO

Publicado en *Acracia*. Barcelona, 1886.



Factores originales externos

VI

(Continuación)

Muchos otros perjuicios, causados especialmente por los insectos, levantan serios obstáculos al progreso social. En Escocia ocurre algo que todos hemos podido experimentar, los mosquitos nos obligan a encerrarnos en casa. Ello basta para que comprendamos hasta dónde puede llegar en las regiones tropicales «la plaga de las moscas», en punto a quitar a hombres, ya de sí poco dispuestos para el trabajo, la decisión de emprenderlo.

Los efectos de las picadas de las moscas en el ganado modifica, también, de una manera indirecta la vida social. Por ejemplo, entre los Kirghices, obligados en pleno mayo a llevar sus ganados a la montaña para librarlos de las moscas que los atacan, cuando precisamente la tierra está cubierta de los más ricos pastos; o en las regiones africanas donde el tsetse hace imposible la vida pastoral. Añádase que en otros puntos las termitas son causa de grandes descorazonamientos, pues en ciertas comarcas de Africa lo devoran todo, trajes, muebles, camas, etc. Y no son esos los únicos daños que causan tales animales. Según lo notó ya Humboldt, «en un país donde las termitas destruyen todos los documentos no puede existir civilización alguna avanzada».

Hay, pues, una relación íntima entre el tipo de la vida social indígena de una localidad y el carácter de la fauna del país. La presencia o la falta de especies útiles, y la presencia o la falta de especies dañinas, ejerce efectos favorables o perjudiciales a la civilización. Esos efectos varían según los caracteres particulares, y las proporciones de esas causas, y su resultado no está sólo en el retardo o adelantamiento que experimenta el progreso social, considerado en general, sí que también en una disminución o aumento de las diferencias específicas que separan los órganos y las funciones de la sociedad.

Factores originales Internos

Una relación adecuada de los factores originales internos, supone, al igual de los externos, un conocimiento del pasado mucho más

vasto del que tenemos. De un lado, a la vista de los huesos humanos y de los objetos que revelan las acciones humanas, que se han descubierto en las formaciones geológicas y en los depósitos de las cavernas, y que remontan a épocas anteriores, y desde las que se han operado grandes cambios en el clima y en la distribución de las tierras y de los mares, nos vemos obligados a declarar que las sociedades humanas no han cesado de sufrir incesantes modificaciones, sin que podamos hacer más que formar juicios vagos sobre la naturaleza de esas modificaciones. De otro lado, las modificaciones que las sociedades han sufrido de continuo, suponen que las razas que han estado sometidas a ellas han sufrido cambios de función y de estructura, de los que a menudo no sabemos más que han tenido lugar.

Pruebas tan fragmentarias como las que por el momento tenemos, no nos permiten sacar rotundas conclusiones sobre la cuestión de saber en qué y hasta qué punto los hombres de los tiempos pasados diferían de los hombres de hoy. Verdad es que existen vestigios que nos autorizan para pensar que el tipo de las razas primitivas era inferior. Citaremos el cráneo de Manderthal, y otros que se le parecen, con sus enormes proeminencias supra-orbitales, carácter eminentemente simio. También tenemos el cráneo descubierto por Mr. Gullman en un arrecife del río de Detroit en Michigan, y que presenta como un cráneo semejante al del chimpanzé por la longitud de las áreas de inserción de los músculos temporales. Mas, como se halló ese cráneo junto con otros de distinta conformidad, y como no está probado que los cráneos del género de aquél de Manderthal sean de una época más antigua que aquellos que no se desvían mucho de las formas comunes, no se puede sacar de ello conclusión alguna decisiva.

Lo mismo podemos decir de las otras partes del esqueleto. Un hueso descubierto en una caverna de Settle, donde vino a depositarse, según Mr. Geikie, antes del último período interglacial, y que el profesor Busk ha reconocido como un hueso humano, es, según el sabio profesor, un peroné excepcionalmente macizo y semejante a otro peroné descubierto en otra caverna cerca de Mentón. Sin embargo,

al mismo tiempo dice, que existe en el Museo del Colegio de los cirujanos un peroné reciente no menos maciso que los citados. De todo esto creo que podemos decir, que una forma que no era rara en remotos tiempos, y que tal vez era la forma común, es hoy una rareza.

Un hecho análogo, pero tal vez más positivo, es el extremado aplastamiento de las tibiae de ciertas razas antiguas, que se designan con el nombre de *platycenémicas*. Ese carácter, señalado en un principio por el profesor Busk y por Mr. Falconer, como propio de una raza de hombres que había dejado sus huesos en las cavernas de Gibraltar, hallada más tarde en Francia por Broca en los restos de los trogloditas de Francia, se ha encontrado de nuevo por Mr. Busk en los restos humanos de

las cavernas del Denbighshire y más recientemente todavía Mr. Guíllman ha demostrado que pertenece a las tibiae halladas al lado de los más groseros instrumentos de piedra en los arrecifes del río de S. Clair en Michigan.

Como no se conoce raza alguna contemporánea que tenga dicho carácter, carácter que existía en las razas que han vivido en regiones tan distantes unas de otras como Gibraltar, Francia, el país de Gales y la América del Norte, bien podemos, pues, deducir que una raza antigua, desparramada por una superficie inmensa, se diferenciaba por dicha modificación de estructura de las razas que han sobrevivido.

H. S.

(Continuad)

Rodando por el mundo

La isla maravillosa

Lo que vamos a contar a nuestros lectores puede ser cierto, pero también puede ser uno de esos formidables «canards» norteamericanos, cuyo objeto es anunciar una nueva producción cinematográfica. En el sitio donde leemos la noticia nada nos dicen de esta última posibilidad, pero, a fuer de previsores, debemos ponerla por delante de la extraordinaria narración que nos retrotrae a los felices tiempos de los cuentos de hadas y de caballeros andantes.

Figúrense nuestros lectores que en el presente momento histórico existe una isla—o existirá una película—en donde hay enterrado un tesoro por valor de veintidós millones de dólares. En busca de él van algunos audaces aventureros científicos, y no sabemos cuantas cosas más. Se dirigen hacia la isla maravillosa, llamada de los Cocos y, según dicen, situada en el Pacífico, al sur de Birmania, a bordo del yacht «Saint-Georges».

Se ha venido en conocimiento de tan estupendo hecho, y aquí empieza el aspecto más peculiar de la noticia, por medio de dos supervivientes de una terrible y diezmada banda de piratas, cuyo capitán, que primero lo había sido de un sloop inglés que tomó parte en la guerra entre Chile y el Perú, en-

teró en ella el botín cazado en dos expediciones distintas, la segunda por cierto hecha en compañía de unos piratas españoles que se alistaron a su banda, probablemente sospechando que tarde o temprano se hablaría de ellos.

Además del novelesco aspecto del asunto, que decididamente autoriza la suposición de una próxima serie «lanzada» desde Los Angeles, el entrometer a los españoles en asuntos de piratería, tesoros escondidos e islas desconocidas, amén de otras muchas cosas más, es muy sospechoso. Seguramente que con ello se quiere asegurar el éxito del film, pues los españoles ahora estamos de moda.

Sin embargo, no hay que ser tan desconfiado y esperemos pacientemente el descubrimiento de esta tumba mucho más importante que la de Tu-Tank-Amen... o bien el descubrimiento del colosal «bluff» con que los famosos empresarios californianos distraen nuestros ocios, echan a volar nuestra fantasía y llenan sus bolsillos.

La cleptomanía y la mendicomanía

A una pobre mujer que roba un pan para acallar el hambre de sus hijos, la llaman ladrona. Así, sencillamente, van buscar el ori-

gen ni considerar la insignificancia de su robo.

¡Ladrona! Y como ladrona se la detiene y se la castiga.

En cambio, si en vez de ser una pobre mujer y en vez de robar un pan, es una señora y roba un collar de perlas, se la llama cleptomana, los Tribunales la absuelven y todo el mundo la mira con simpatía y conmiseración. ¡Pobrecita; es una cleptomana!

Es indudable que el mero hecho de robar sin necesidad indica el desequilibrio, pero, si la sociedad presente y sus instituciones fuesen justas, a la cleptomana que roba por histeria, la encerrarían en una casa de salud y a la «ladrona» que roba por hambre la darían pan para ella y para sus hijos.

Del mismo modo se obraría con el anciano que, sin fortuna, fuerzas, ni familia, no tiene más remedio que mendigar y con el que, rico, feliz y mimado, trueca sus vestimentas lujosas por unas rotas y grasientas y, atacado de mendicomanía, se sitúa a las puertas de un templo pidiendo limosna a los feligreses.

Un caso así de mendicomanía, como hace poco ocurrió en París otro de cleptomanía, se ha dado en Londres y por cierto en muy agradables circunstancias.

La policía inglesa detuvo, hace pocos días y por infracción de la mendicidad, a un viejo mendigo sobre el que encontraron la respetable cantidad de 500 libras esterlinas o sean más de 16,500 pesetas.

Tan extraordinario hecho llamó la atención de los agentes londinenses y después de muy laboriosas investigaciones, se ha sabido que aquel mendigo era nada menos que un hombre de negocios muy conocido en Londres y varias veces millonario.

El *pobrecito*, a determinadas horas del día vestíase miserablemente y se iba a pedir limosna y hasta tan inconcebible extremo llegaba el desequilibrio del mendigo que, habiendo casado a su hija hace poco, desapareció de la iglesia momentos antes de la ceremonia nupcial para cambiar de vestido y situarse, como simple mendigo, a la puerta del templo y recibir las limosnas de sus mismos invitados.

A este maniático rayano en loco nada se le hace, aunque lo más discreto sería encerrarle en un sanatorio o curarle la neurastenia haciéndole trabajar, sudar y sufrir privaciones. Tampoco se le mete en un asilo.

Simplemente se comenta su rareza y hasta empieza a hablarse de «desdoblamiento de la personalidad», de «facultades metapsíquicas» y de no sabemos cuantas aristocráticas sandeces más.

De manera que, no tan sólo no se censuran hechos así, aunque se censuren cuando la necesidad los guía, ni se consideran enfermos a los que tal hacen, sino que empieza a ponerse de moda la cleptomanía y la mendicomanía y pronto no habrá señora que se respete ni millonario que se estime, que no se deliquen a escamotear artículos por las tiendas y a «desdoblar su personalidad», como esa señora, ladrona de verdad, de París y ese millonario mendigo de Londres, respectivamente.

La miseria literaria

Aun hoy, en nuestro siglo xx, en que las profesiones manuales alcanzan sueldos muy estimables y el obrero que trabaja empieza a no morirse de hambre, existe en gran escala la miseria literaria.

El proletariado, con sangre y con rebeldías, con luchas y con esfuerzos, ha logrado un poco de respeto. La literatura, romántica siempre, aún cuando pertenezca, a través de sus distintas épocas, a escuelas naturalistas, posee todavía el misero privilegio de sufrir hambre con estoicismo y de beber agua con embriaguez.

La bohemia, escalafón obligado de todos los intelectuales, atrae irresistiblemente a muchos jóvenes, de talento o bien de vanidad, que sufren y esperan pacientemente la hora de su triunfo, que muchas veces no llega. Y en este purgatorio material por que han pasado todos los literatos, es cuando se venden las creaciones a cambio de pan y se alquila anónimamente el talento para poder comer. Verlaine, Balzac, Zola, Baudelaire—cuyas «Flores del mal» fueron tasadas en el fabuloso precio de 350 francos, de los que, ¡oh, ironía! hubo de dar 300 para pagar una multa impuesta a su famoso y discutido libro—Wells y tantos otros supieron y saben lo que es vender el talento propio a la necesidad ajena.

Y Dumas, probable aunque no seguramente, sabía también lo que es poner la firma al pie de la creación comprada a misero precio y robada al ingenio pródigo, pero condenado a no poder triunfar, del joven bohe-

mio y pobre, que no tiene ni quiere tener más oficio que escribir, ni más remedio que morir de hambre.

Todos estos pensamientos nos ha sugerido la lectura, muy triste y casi muy usual, del anuncio que apareció hace poco en un diario parisino: «Joven escritor, aun inédito, vendería sus manuscritos originales de novelas capaces de llamar la atención del gran público. Precios muy moderados. Diríjirse...» etc.

Y, a no dudarlo, ha encontrado comprador este pobre muchacho, débil y víctima del presente orden social. Lo habrá encontrado como lo encontró Maquet, como lo han encontrado tantos otros. ¡Miseria literaria y miseria humana!

Los cabellos de los grandes hombres

En cambio, si andando el tiempo el joven del comentario anterior logra triunfar y su nombre entra en las listas internacionales de «consagrados»; cuando se haya muerto de viejo, si antes no muere de hambre, verá—es un decir—vendidos sus cabellos y disputar los sus prendas íntimas con entusiasmo. Todos los millonarios coleccionistas querrán tener un hilo que haya sido de su pertenencia o un mechón de pelo de su cabeza. ¡Así es el mundo!

De sus novelas «capaces de llamar la atención del gran público», que otro firmaría, quizá le habrán dado cinco francos. (Treinticinco céntimos daban antes por un artículo o una poesía, que también otro firmaba). Y, sin embargo, su tabaquera valdría miles de francos y una corbata otros tantos.

Doscientas cincuenta libras esterlinas pide un mercader de curiosidades neoyorquino por un pequeño mechón de la cabellera de Milton—¡mechón que, por otra parte, vaya usted a saber de quién será!—Trece libras se pagaron por un bucle de Lord Byron, y para mayor escarnio y muestra de la estupidez humana, los cabellos más pagados no

han sido precisamente los de grandes cabezas pensadoras, sino los de las regularmente vacías. Doscientas cincuenta libras — el precio de un mechón de Milton—se dieron también por uno de Napoleón y el más pagado de todos ha sido uno del almirante Nelson, por el que se dieron 315 libras esterlinas.

Sin embargo, digamos como los franceses: «Reirá mejor quien reirá el último». De Napoleón y de Nelson, dentro de unos cuantos siglos no quedarán ni rastros, y en cambio de Milton, el divino ciego, y de todos los que con su talento honraron a la especie, quedarán ejemplos y recuerdos.

Senadores de lance

«La miseria senatorial» podríamos titular este último comentario, ya que hemos titulado «La miseria literaria» al vicepenúltimo.

Pero, para evitar la repetición «miserable» preferimos titularlo «Senadores de lance», que, por otra parte, suena bastante bien. (Entre paréntesis diremos que nosotros ni de lance comprábamos un senador, aunque empiecen, al igual que los diputados, a ir muy baratos).

No obstante, precisa decir que lo que se vende de lance no son los senadores—nadie los compraría—ni menos los de España—a esos no hay Judas que los venda—sino los «Gabanos usados, en buen estado, convenientes para senadores», según reza el anuncio de un periódico del Reino Unido de la Gran Bretaña.

Eso de que los gabanos usados sean convenientes para los senadores—de Inglaterra y de todas partes—es una verdad como un templo. Y aun más conveniente que los gabanos usados en buen estado, es que los senadores los tengan que comprar de lance.

¡Decididamente, pese a quien pese y digan lo que quieran, el mundo marcha!

HIPATIA



Federico Urales

El último Quijote

Novela social de
luchas, aventuras
y amores

(Esta es la obra de un hombre
que ha puesto en ella su alma.)

—Esos que me acompañan son unos charlatanes,—exclamó Luis, algo disgustado.—Fué una pobre profesora que por cuidarme estando yo enfermo en la cárcel, cayó en enojo de la superiora.

—¿Y la encerraron en una celda pequeña, oscura y húmeda en castigo?—preguntó la lugareña.

—No sé lo que hicieron con ella,—repuso Luis,—pero no debió ser cosa buena, cuando tan mala era la gente que había de castigarla. ¡Pobrecita!—acabó diciendo Luis, enterrecido.

—La quería usted, ¿verdad?—preguntó la muchacha.

Luis contestó con calor:

—Como se quiere a la que nos da agua cuando la sed nos abrasa; como se quiere a la que nos da consuelo cuando la pena nos aflige; como se quiere a la que nos da un parero cuando el odio nos persigue; como la quiero a usted por la caridad que me hace al recordarme que en mi camino, lleno de espinas y de encrucijadas, hay siempre una estrella que me guía y ampara, una estrella que brilla en el norte infinito y que se llama mujer.

Durante la conversación que se acaba de contar, Eugenia había asomado el cuerpo dos o tres veces por el hueco de la puerta de su vivienda con el propósito de unirse a su compañera mientras la olla cocía, pero temiendo, aunque deseando estorbar, sólo cuando tuvo lista la sopa se adelantó hasta el zaguán para decirlo, al punto que volvan cargadas de pan y fiambres las demás muchachas.

Desde el zaguán sirvió a los presos la sopa la hija del alcaide, utilizando los mismos pucheros, bien lavados, que antes habían ser-

vido para darles agua. Luis los tomaba de la muchacha y se los daba a los demás penados. Así hasta tres veces, que la sopa era muy rica, a la que, para que lo fuese más, había echado unos huevos la hermosa cocinera.

—¿Les ha gustado?—preguntó Eugenia, después de servida la sopa.

—A gloria sabía y no me extraña—dijo Luis,—que por manos de ángel estaba condimentada.

—Muchas gracias,—repuso Eugenia.

—Vaya unos requiebros, Eugenia,—dijeron varias.

—Por requiebros, los que ha oído la Petra,—repuso Eugenia, refiriéndose a la muchacha que había hablado largo rato con Luis.

—Cuéntanos, chica, cuéntanos,—la dijeron varias.

Los presos, incluso Luis, comían sentados en los peldaños de la puerta, el pan y jamón que las jóvenes del lugar les habían traído. Entre tanto, Petra contó a sus amigas que Luis era la mar de galanteador, que de su boca no salían más que flores y que oyéndole creía una estar en posesión de la dicha completa.

Luego de oír tan gratas nuevas de labios de Petra, las otras muchachas no hicieron más que pasearse por delante de la rendija, para ver si el preso galante les echaba requiebros.

Pero el alguacil, con muy buenos modos, las dijo que se fueran a cenar, que él quería hacerlo también, que al día siguiente, al ser de día, los guardias se llevarían a los presos y que a la semana no quedaría de aquella noche grata, ni el recuerdo.

—¿Pero de veras se los van a llevar ma-

ñana mismo?—preguntó a su padre Eugenia.

—¡ Naturalmente!—contestó el preguntado.—¿ No ves que van para el presidio?

Por la mente de Eugenia cruzó una idea. ¡ Si pudiera libertar a Luis! ¿ Cómo hacerlo, sin comprometer a su padre y sin que sólo se escapara el joven simpático y desgraciado?

—Tened la bondad de ir os a vuestras casas, que ya es tarde y he de cerrar la puerta—gritó el alcaide.

—Buenas noches—dijeron en alta voz varias muchachas a un tiempo, para que Luis las oyera, plantándose luego delante de la puerta de la cárcel.

—¿ Se van ya?—les preguntó Luis, levantándose y pegado otra vez a la rendija.

—Sí; nos vamos a cenar,—dijo alguna, entrando de nuevo todas.

—¿ Volverán?—preguntó Luis.

—¿ Podemos volver, tío Blas?—preguntó Petra al alcaide.

—Como poder, pueden; lo que no sé es si encontrarán abierta la puerta de la calle.

—¡ La puerta del portal nunca se cierra, padre! — exclamó Eugenia. — ¡ Dónde se guarecerán los caminantes, si la noche es de agua, como hace presumir la que está cayendo?

Efectivamente, había empezado a llover y a poco se oyó el primer trueno, pero el alguacil contestó a su hija que en noche de presos la puerta de la calle se cerraba siempre y que ella cenara y se acostara sin temores ni cuidados.

Al oír tan ingrata noticia, las mozas se despidieron con tristeza de los presos, hasta el día siguiente, tan pronto apuntara.

Luis sacó la mano por la rendija y todas las muchachas se la fueron estrechando antes de marcharse, apenadas.

Luego el alcaide preguntó a los presos si les faltaba algo y después de pedir agua, que lea fué servida por Eugenia, el alguacil dió las buenas noches y cerró la rendija. Luego hizo lo mismo con la puerta de la calle y todo quedó en silencio.

XXIX

La tempestad

Eugenia se había hecho el propósito de no acostarse aquella noche sin hablar antes

un momento con Luis, para lo cual esperaba que se le ofreciera ocasión pronto.

Su padre tenía la costumbre de quedarse unos minutos traspuesto de bruces sobre la mesa después de las dos comidas del día y la muchacha pensaba aprovechar aquellos minutos para realizar sus propósitos.

Hay que advertir que el alcaide, los días de conducción, ponía, para dormir, los brazos sobre las llaves de la cárcel, al objeto de evitar que se las quitasen, y aquel día, aun estando cerradas las puertas de la calle, hizo lo mismo, por si acaso.

Tan pronto el padre de Eugenia hubo estado traspuesto, la hija se fué de puntillas a la puerta de la cárcel y en ella levantó el pestillo de la rendija.

—Señor Luis—dijo pegada a ella y ahucando la voz.

Los presos no dormían; estaban pensando cómo escaparse. Ya habían intentado derribar la puerta, empujándola todos a un tiempo. Viendo la inutilidad de su esfuerzo, se habían colocado de pie uno encima de las espaldas de otro, apoyados en la pared para llegar hasta el techo. El techo hubiera sido fácil levantarlo, pero como no disponían más que de una pequeña hoja de lata que se doblaba al menor esfuerzo, hubieron, también, de desistir de tal empresa.

Se le propuso a Luis que pidiera, él que tenía tanto predicamento entre las mujeres, algunas herramientas a Eugenia antes de que la joven se acostara. Luis negóse a comprometer a la muchacha. En éstas estaban cuando llamó a la puerta.

—¿ Qué quieres, muchacha? — contestó Luis, acercándose a la rendija.

Los demás presos se echaron sobre los jergones, aparentando dormir.

—No hable tan fuerte—dijo Eugenia.— ¿ Dónde están sus compañeros?

—Duermen—contestó Luis.— ¿ Qué deseas?

—Decirle una cosa muy seria.

—Pues díla.

—¿ Quiere usted fugarse, verdad?—repuso Eugenia.

—No—contestó Luis.

—¿ Por qué?—preguntó la joven sorprendida.

—Por la razón sencilla de ser tú la que me lo pregunta y al preguntármelo comprendo que me lo propones.

—¿No quiere usted recibir de mí ningún favor?

—Lo que no quiero — contestó Luis — es que por mí sufras tú pena alguna. Yo deseo fugarme, pero no abriéndome tú la puerta.

—Por algo será—repuso la joven con tristeza.

—Ya te lo digo—exclamó Luis:—porque no quiero que por mi culpa sufras tú disgusto alguno.

—Alegría tendría al verle a usted completamente libre.

—Sí—arguyó Luis.—Yo me vería fuera de la cárcel, pero a tu padre le verías dentro, caso de no verte encerrada tú también... ¡Anda, anda; vete a dormir y no te preocupes de mí!

—¡Me trata usted como si fuera una chiquilla!—observó la joven.

—Como lo que eres—repuso Luis;—pero una chiquilla a quien yo quiero mucho. Alárgame la mano que te la voy a besar, pero quitate de la cabeza esas cosas malas que se te han metido en ella.

Eugenia alargó la mano al preso y Luis se la besó y aun la retuvo cariñosamente entre las suyas, mientras decía:

—A Petra no la hubiera besado la mano y a ti, sí.

—¿Y por qué a mí sí y a ella no?—preguntó Eugenia, ansiosa.

—Mira; esta es cuestión que yo también ignoro. Tú, a mis ojos, eres más niña que ella, pero eres también... ¡Qué sé yo! Tu alma ha dado a la mía una impresión diferente; así como si fueses mi hermana menor. Ya ves, sin saber por qué, te he tratado de tú desde el primer momento.

—No se si entristecerme o alegrarme por ello—arguyó la muchacha.

—Alegrarte, hermanita mía, alegrarte; y vete, que si tu padre se entera de lo que te proponías, ¡menudo varapalo!

—Duerme, pero despertará pronto.

—Pues cierra la rendija.

—Oiga usted — dijo Eugenia, antes de echar el pestillo de la rendija.—Fínjase usted enfermo cuando vengan por usted mañana, y si quiere, voy ahora mismo por el médico, para que parezca más real la enfermedad. El médico es tío mío y certificará.

—Sí, sí, lo pensaré y en todo caso llamaré para que vayas en busca de tu tío.

—¡A ver, a ver si lo hace usted!—exclamó Eugenia y echó el pestillo risueña. A los

pocos segundos su padre, restregándose los ojos, palpaba la mesa en busca de las llaves.

Tan pronto se cerró la rendija, levantaron la cabeza los demás presos.

—¿Qué hay?—preguntó a Luis uno de ellos.

—Que está lloviendo a mares y que cree su padre que el día de mañana lo pasaremos aquí.

—A mí me ha parecido oír—exclamó otro—así como algo que tuviese que ver con una fuga, y yo creo que si usted quisiera, mañana los guardias encontrarían la jaula vacía.

—Por mí no habrá de quedar, que ya sabéis deseo tanto como vosotros correr por estos montes.

—A estos montes los conozco yo muy bien—exclamó uno de los penados,—y sería difícil que nos cogieran yendo todos a una. Cerca de aquí ha de haber un cortijo que cuando yo era niño lo llevaba en arrendamiento el tío Blas, un labrador más bueno que el pan, con una mujer más hermosa que el sol en día de nieve. Tan hermosa era, que los señores de Madrid venían a cazar por estos contornos sólo por verla. La Diosa la llamaban y por tal nombre se la conocía.

—Por endiosada quizá—observó otro de los penados.

—Por buena y hermosa—replicó el de la historia.

—Quién sabe dónde estará su hermosura de entonces—observó un tercero.—¿Cuántos años hace de lo que cuentas?

—Veinte.

—¡Calcula!—repuso el de antes.—En veinte años una mujer se avieja mucho.

—A lo sumo tendría entonces veinticinco años, y a los cuarenta y cinco años una mujer hermosa todavía lo es. Con mi padre iba a pedir por esas posadas y cortijos, pasando las noches en los pajares. En la dehesa del tío Blas las pasábamos muy ricamente, porque, además de pajar, la Diosa nos brindaba lumbre y nos daba cena. ¡Y con qué sonrisa nos la daba! Parecía talmente un ángel sirviendo la cena a Jesús. Todos los pobres la querían mucho, y estoy seguro que si a ella nos acercásemos después de huidos, habría de acogernos.

—La cuestión es huir primero—observó Luis.

—¡Eso!—exclamó otro penado.

—Bueno es tener lugar donde esconderse uno.

—En cuanto a lo de huir, yo estoy que a Luis se le abre la puerta.

—Sí, del cielo.

—O de la cárcel... En fin, buena suerte—repuso el mismo penado.

Y como si a todos se les hubiese acudido el mismo pensamiento, se echaron a dormir, con la intención de pasar la noche en vela, por si durante ella algo ocurría.

Más de cuatro veces hubo de decirle su padre a Eugenia que se acostara. Aquel día tenía la joven mucha ropa que coser y muchos calcetines que zurcir y siempre aguzaba el oído por parecerle oír voces de auxilio. Convencida a eso de la una de la madrugada de que Luis no se fingiría enfermo, se fué a dormir muy triste y muy de mala gana.

No obstante, aun se echó vestida sobre la cama, esperando que su padre la llamaría para que fuese por el médico; pero aunque Luis se hubiese fingido enfermo y reclamado asistencia facultativa, el alcaide no hubiera expuesto su hija a las consecuencias de un temporal tan terrible como el que a eso de las dos se desencadenó por toda la comarca.

Llovió torrencialmente y tronó de manera estruendosa toda la madrugada. No obstante, a eso de las cuatro y media llamaron a la puerta, que el alguacil abrió, después de preguntar quién llamaba y de oír que de la calle contestaban: «¡La guardia civil!»

Era tan fuerte y asustadiza la tempestad, que las muchachas del día anterior no se atrevieron a salir de casa, a pesar de que todas estaban levantadas ya y de las ganas que tenían de despedir a Luis. Sólo Eugenia, que no había pegado los ojos en toda la noche, apareció en el zaguán.

—¿Con esta tormenta sé los van a llevar?—preguntó al sargento la muchacha.

—¡Hola, buena moza!—contestó el comandante del puesto.—El día que uno te ve a ti no puede ser malo. ¿Cómo tan de madrugada y con tiempo tan infernal?

—Esto es lo que yo pregunto—contestó la joven.—¿Cómo con este tiempo tan cruel se van a llevar a los penados?

—¿Qué remedio queda, muchacha!—contestó el sargento, que, contra la costumbre, aquel día había querido presenciar la salida de la cordada.—Para la guardia civil no puede haber días malos ni días buenos; no hay más que el deber.

—¡Es mucho este temporal!—dijo el alcaide, mirando hacia la calle, que empezaba a clarearse a la luz del naciente día.—Esperen un poco, a ver si amaina.

—No hemos hecho más que venir aquí y mire usted cómo nos hemos puesto—observó el cabo.

Efectivamente: de los capotes saltaba aún el agua como si fueran paraguas.

—Y aún ustedes van prevenidos contra el mal tiempo, pero ¿y éstos?—repuso Eugenia, señalando la puerta de la cárcel.

—No se preocupe usted según de qué gente, que no vale la pena—observó el cabo.

—Esperaremos aunque sea un cuarto de hora—arguyó el sargento,—pero más no puede ser, porque molestaríamos a los del cambio.

—Caso de que los guardias del Romeral se hayan atrevido a salir carretera adelante, con esta tempestad—observó Eugenia.

—Habrán salido indudablemente—dijo el sargento,—porque para la guardia civil no puede haber mal tiempo.

Los cuatro números nada decían; no hacían más que mirar a la calle a hurtadillas y renegar por lo bajo.

Pasó el cuarto de hora y ni amenguó el temporal ni nadie del pueblo acudió al Ayuntamiento.

¡Qué sería de los condenados, pensaba Eugenia, si al sargento de la guardia civil se le antojaba decir: adelante!

De ellos, sólo Luis podía oponer alguna resistencia al agua con un impermeable que se había comprado, pero tampoco el impermeable era para el agua torrencial que estaba cayendo.

—Cierre usted la puerta de la calle—ordenó el sargento al alcaide—y que salgan los presos de dos en dos para ir esposándolos.

—¿Pero de veras se van ustedes a exponer a los resultados de una tormenta tan formidable?—advirtió Eugenia.

—¡No hay más remedio, no hay más remedio!—contestó el sargento.

Los demás guardias callaban. El alguacil había ya cerrado con llave y cerrojo otra vez la puerta, por debajo de la cual empezaba a entrar el agua, señal de la mucha que debía correr calle abajo.

(Continuará)